



POR LA INQUIETUD Y BÚSQUEDA AGUSTINIANAS A LA ESPERANZA DE UNA VIDA NUEVA

EJERCICIOS ESPIRITUALES -2001
EE2001a.wpd

TEMARIO

I.- SIGNOS Y CONTRASIGNOS DE ESPERANZA

- 1.- La desesperanza, contrasigno de nuestro tiempo
- 2.- Signos y contrasignos de esperanza en la Vida Religiosa actual.

II.- FUNDAMENTOS TEOLÓGICOS Y ANTROPOLÓGICOS DE LA ESPERANZA

- 3.- La esperanza humana en la perspectiva de la Alianza.
- 4.- Cristo, nuestra Esperanza.
- 5.- La esperanza cristiana en la espiritualidad de San Agustín.
- 6.- La Vida Consagrada: Profecía de esperanza.
- 7.- El Dios de la Historia, y el rumbo de nuestras esperanzas.
- 8.- Carisma y Esperanza
- 9.- Sembradores de esperanza: Compromisos inmediatos.

- 10.- Conversión a la esperanza.- Tarde penitencial y de desierto

CONCLUSIÓN

- 11.- La Esperanza en nuestra Orden: Expectativas del Proyecto Corazón Nuevo.
- 12.- Construyendo esperanza: compromisos puntuales
- *.- Tema complementario 1.- Nuestra Señora de la Esperanza
- *.- Tema complementario 2: Algunas tareas de la Esperanza, hoy.

APÉNDICES

- = Apéndice A: **Jornada penitencial y de desierto:** Conversión a la esperanza.
- = Apéndice B: Acto Penitencial.
- = Apéndice C: Celebraciones Eucarísticas.
- = Apéndice D: Renovación de votos y compromisos

I.- LA DESESPERANZA, CONTRASIGNO DE NUESTRO TIEMPO

Cfr. Jesús Álvarez Gómez, C.M.F., EL MOMENTO HISTÓRICO DE LA VIDA CONSAGRADA, En la obra de Equipo "EN EL APRIETO ME DISTE ANCHURA", Publicaciones claretianas, Madrid 1992. Y Felicísimo Martínez Díez, O.P., Los Grandes Desafíos de la Vida Religiosa, en Boletín CONFER, Enero-Abril, 2000.

La Esperanza, Tema De Nuestros Ejercicios 2001. - Estamos finalizando el segunda gran etapa de nuestro Proceso de Revitalización de la Orden en A.L., iniciada en la Asamblea de Lima (Enero 1999), que concluirá en la Asamblea de Bototá, en Junio del 2001. En el esquema clásico del "VER-JUZGAR-ACTUAR", esta etapa ha correspondido al "JUZGAR": Concretar y definir cuál sería el "modelo ideal" de Vida Agustiniiana en Latinoamérica, que responda a los desafíos del presente.

En el camino recorrido ha habido de todo: Claridades y oscuridades, compromisos y resistencias, entusiasmos y desencantos, fervores y apatías. Y a la vista ya de la etapa decisiva, la del "ACTUAR", programada para el período "2001-2003, nos preguntamos cómo está nuestra esperanza, en el contexto de cómo está la esperanza en el mundo y en la V.R. actuales.

1.- EL DESAFÍO DE LA DESESPERANZA

La V. R., ha pretendido siempre ser fermento de transformación del mundo de acuerdo al Evangelio. De hecho, sin embargo, ha sido el mundo el que con frecuencia la ha remodelado a su imagen y semejanza, para bien o para mal: La V. R. se hizo monárquica en las monarquías, feudal en el feudalismo, autocrática en las autocracias, más democrática en las democracias. Hoy se enfatiza la desesperanza como una de las notas definitorias de la sociedad en que vivimos. Y nos preguntamos si el desencanto no estará también definiendo a la V. R. actual.

INTERROGANTES PARA MEDITAR

- 1.- Somos "hijos de nuestro tiempo". En un mundo afectado por la apatía y el escepticismo, en lo que a idealismos sociales se refiere, ¿en qué grado está y nos está afectando a los Religiosos?
- 2.- Nadie vive sin esperanzas. Cuando el ser humano pierde "La Esperanza" en las grandes causas comunes, se inventa "esperanzas" en torno a pequeños intereses personales. ¿Hasta qué punto yo (-y nosotros-), Religioso, puedo estar tapando mi débil Esperanza, con pequeñas esperanzas intrascendentes?
- 3.- Ante un mundo en general, y unas nuevas generaciones en particular, cada vez con menos entusiasmo y esperanza por un mundo mejor, ¿qué capacidad de animación de la esperanza tiene la Vida Religiosa actual?

2.- SIGNIFICADO Y CONTENIDO DE LA ESPERANZA

a) Esperanzas humanas y esperanza cristiana.- LA ESPERANZA es algo constitutivo en el ser humano. El hombre vive caminando hacia un futuro; su vida es siempre búsqueda de algo mejor. No puede vivir sin esperanza; dejaría de ser hombre. Necesita un aliento de esperanza que anime su vida. «El hombre no sólo tiene esperanza, sino que vive en la medida en que está abierto a la esperanza y es movido por ella». Por eso, si desaparece la esperanza, la vida de la persona se apaga. En lenguaje secular, la ESPERANZA se define como **“confianza en que nuestros objetivos se lograrán”**. No hay esperanza cuando faltan objetivos, ni cuando éstos se formulan, pero con solapado o manifiesto escepticismo. Vivir sin esperanza no es vivir. La esperanza hace posible el entusiasmo por siempre nuevos objetivos. Tiene mucho que ver con el frescor y la alegría de la propia vocación. Cuando ese entusiasmo se ha agotado, hemos envejecido sin remedio.

Ahora bien, cuando hablamos de la esperanza, no podemos menos de hacer la debida distinción entre las **“esperanzas humanas”** y la **“esperanza cristiana”**. Las primeras se refieren a las metas que los seres humanos pueden alcanzar en la vida presente y en el futuro de la humanidad. La esperanza cristiana es primordialmente escatológica: Mira a la Meta Última de los seres humanos y, por lo mismo a su Destino Trascendente, sin los cuales también la vida presente pierde su sentido.

La cuestión planteada es si existe alguna relación o continuidad entre las esperanzas humanas y la esperanza escatológica, o no hay interconexión posible, y por lo mismo el cristiano nada tiene que esperar en este mundo. Están latentes las viejas cuestiones de la naturaleza y de la gracia; de lo natural y lo sobrenatural; del proyecto creador y el proyecto salvador de Dios: ¿Está Dios únicamente interesado en la realización trascendente de su proyecto salvador, o también quiere conducir su proyecto creador a una meta intrahistórica?

b) Esperanza escatológica y esperanza histórico-social.- Como virtud teologal, tiene su fundamento en Dios y su objetivo es la instauración de su Reino. Santo Tomás la define como **“expectativa de alcanzar la vida eterna, es decir, la plenitud del conocimiento y del amor de Dios, fundada en la ayuda de Dios mismo”** (Suma Teológica, II-II, q. 17). G. Angelini (en Nuevo Diccionario de Teología), escribe: **“Las promesas de Dios no se refieren a lo que el hombre logre realizar en la historia individual o colectiva, sino a su destino trascendente”**. Así nuestra esperanza en Dios nos garantiza únicamente la Meta Última, desde la que sólo adquiere nuestra vida su pleno significado. La carta a los Romanos parece suponer una total desconexión entre la vida y salvación eternas y nuestras obras en la vida presente, pues la vida eterna es pura “gracia”. Significa en realidad que no existe proporción entre nuestras obras y lo que Dios nos tiene reservado (que no es “pago” sino gratuidad).

“El cristiano - sigue afirmando Angelini-, no tiene una esperanza en relación con el futuro histórico-social, sino **un mandamiento**: el de querer y obrar el bien de todos los hombres como hermanos”. Y este mandamiento se convierte en un compromiso ineludible. Santiago, por ello, prefiere enfatizar, en aparente confrontación con la carta a los Romanos, la prioridad de las obras.

Pero podríamos decir más: El Evangelio propone al cristiano, no sólo un mandamiento, sino también una **utopía histórico-social**: la de la unidad y fraternidad entre todos los seres humanos (“Que todos sean Uno...”). Y no hay utopía sin esperanza. La esperanza cristiana mira a la meta escatológica, pero tiene el apremio a **anticiparla**, en algún modo, ya en el mundo presente. El mismo San Pablo afirma que, en Cristo, ha nacido un “Hombre Nuevo”, que será realidad en la medida en que nos configuremos con Cristo., lo que daría lugar a unos “*Nuevos cielos y una nueva tierra, en que habite la justicia*” (2Ped. 3,12 y Apoc. 21,1), a una nueva humanidad, que tendrían lugar, según muchos teólogos, como meta histórico-social, y no simplemente escatológica. En un contexto ecuménico, podríamos afirmar que también la esperanza humana en cuanto se refiere a la utopía de una humanidad verdaderamente fraterna, solidaria y justa, es teológica, en la medida en que no excluye su destino escatológico.

En todo caso, tanto el Evangelio como los escritos neotestamentarios establecen una estrecha relación entre la vida temporal y la eterna, como la existente entre la siembra y la cosecha. las obras de nuestra vida temporal jamás merecerán la vida eterna, pero sí la comprometen: “*No todo el que dice <Señor, Señor> entrará en el Reino..., sino el que cumple la voluntad de mi Padre*” (Mt.7,21); “*Apartaos de mi, malditos, porque...*” (Mt.25,41). El presente nos orienta hacia el futuro que prepara; y es tensión que se manifiesta en los esfuerzos por promover cuanto pueda hacer a los hombres más felices.

En la praxis, los cristianos y, con mayor motivo, los religiosos, ni podemos desligar nuestra existencia del referente escatológico, ni desentendernos de la esperanza en la utopía histórico-social, que es evangélica, anhelada frecuentemente en nuestro mundo, en categorías seculares.

c) Individuo y colectividad.- La Palabra Revelada nos define la utopía hacia la que la historia humana ha de avanzar: la unidad en el amor, la fraternidad, la justicia y la paz entre los seres humanos. Cuales sean al fin los logros que la colectividad humana logre alcanzar, es algo que no nos es dado prever. Por eso el futuro de la utopía histórica no puede ser suficiente para cada individuo humano quien, por una parte, se desarrolla en el camino de la humanidad, y por ello el futuro de ésta afecta el significado de su propia existencia, pero por otra parte experimenta constantemente su no coincidencia con la marcha del mundo, cuyo futuro efectivo no puede nunca condicionar su propia esperanza escatológica. Sea el que sea el futuro de la historia humana, el hombre de fe sabe que “todo redonda en bien de los que aman a Dios”.

3.- LA DESESPERANZA, CONTRASIGNO DE NUESTRO TIEMPO

De todos los rasgos que, según sociólogos y analistas, parecen definir el perfil del hombre contemporáneo, tal vez, el más preocupante es la **pérdida de esperanza** y el vaciamiento de vida que trae consigo. Cuando en una sociedad la esperanza se debilita, la vitalidad decae, la vida corre el riesgo de degradarse.

Concluimos el siglo XX, y segundo milenio, con el reconocimiento generalizado de una cada vez más alarmante CRISIS DE VALORES. Entre ellos, una creciente crisis de esperanza.

Son muchos los rasgos sombríos que caracterizan el momento actual, pero, probablemente, la constatación más grave es precisamente la crisis de esperanza. Alguien ha podido decir que «*el siglo XX ha resultado ser un inmenso cementerio de esperanzas*»' He aquí algunos de esos rasgos:.

a) Debilitamiento o pérdida de la esperanza escatológica.- La primera y más grave crisis de esperanza, en el mundo de hoy, es la pérdida del sentido de trascendencia. El hombre de hoy adolece de una creciente indiferencia o escepticismos religiosos. En su apreciación, tampoco las religiones o religiosidades han hecho históricamente un aporte significativo al mejoramiento de la humanidad; aún más, las mismas sociedades cristianas han repetido las lacras de la sociedad global: esclavitud, discriminaciones, opresión de libertades, dictaduras, guerras religiosas, etc. Y frente a estas negatividades del más acá, se resiste a creer, aceptar e interesarse por una vida en el más allá. Con mayor motivo han entrado en crisis también sus esperanzas humanas.

b) Desmitificación del progreso

La historia de estos últimos años se ha encargado de desmitificar el mito del progreso, piedra angular en la construcción de la civilización moderna. Las grandes guerras de este siglo, Auschwitz, Hiroshima, el deterioro ecológico, el hambre en el mundo, la grave crisis económica, la propagación del sida y otras adversidades han provocado, primero el declive, y después «*el desmoronamiento de las utopías de raíz ilustrada*»'.

No se han cumplido las grandes promesas que se hicieron desde la Ilustración. El mundo moderno sigue plagado de crueldades, injusticias e inseguridad. «La nuestra es, definitivamente, la época del malestar y la incertidumbre, del desengaño y el desánimo ante las grandes palabras prometidas»'.

Los numerosos grupos, ideologías o sistemas que han discurrido en nuestra historia con promesas “mesiánicas”, fueron cayendo en el descrédito, y ya nadie cree en mesianismos de ningún tipo:

= El comunismo marxista, que comenzó prometiendo libertad, igualdad y un “paraíso comunista”, acabó en la vanguardia de la opresión, las desigualdades y el hambre.

= Muchos grupos revolucionarios, que empezaron manifestando un idealismo atractivo y convincente, terminaron en lacras similares a las que combatieron, corregidas y aumentadas.

= Las modernas democracias, basadas en la libertad y la coparticipación, se han ido convirtiendo en libertinaje, manipulación y dictadura de la calle.

= La política partidaria, que pretendió superar las viejas dictaduras, se ha ido orientando a “servirse” del pueblo para los propios intereses de partido, más bien que a “servir al pueblo”.

= Las entidades que enarbolan la Causa de los principios democráticos y de los Derechos Humanos, se contradicen a sí mismas en la praxis: La ONU es clasista, al reservarse cinco de sus miembros el derecho a veto; Amnistía Internacional se ha manifestado celosa unilateralmente de los “derechos humanos” de los revolucionarios, guerrilleros y delincuentes, pero bastante indiferente para los derechos humanos de sus víctimas, con frecuencia inocentes.

El resultado está siendo un escepticismo generalizado.

c) Fin de la historia

Si el progreso ha resultado ser «un espejismo», ¿no habrá que decir que la historia se ha evaporado? Este es el sentir de no pocos pensadores postmodernos. Para G. Vattimo, estamos ya en «el eterno retorno de lo igual; el fin de la época de la superación»'. Según J. Baudrillard «la historia ha dejado de ser real»'. Es una ilusión pensar que estamos «haciendo historia». Los hechos y acontecimientos que estamos viviendo no llevan a ninguna parte. La caída de los sistemas socialistas del Este ha venido, por otra parte, a reforzar la sensación de que todo está ya decidido. Cualquier modelo de sociedad parece derivar tarde o temprano hacia el sistema neocapitalista liberal. No hay más. Ahí termina la historia'.

d) Pérdida de horizonte

Llegados al fin de la historia, la sociedad moderna se ha quedado sin horizonte ni orientación, sin metas ni puntos de referencia. Según G. Vattimo «la filosofía no puede ni debe enseñar a dónde nos dirigimos, sino a vivir en la condición de quien no se dirige a ninguna parte»'. La humanidad parece estar llegando a su vejez. Los acontecimientos se atropellan unos a otros, pero no conducen a nada nuevo. **«El progreso se convierte en rutina»** (A. Gehlen). La cultura del consumismo produce novedad de productos, pero sólo para mantener el sistema en el más absoluto inmovilismo. Como dice J. M. Mardones, *«no esperar nada de la historia conduce a esperar resignados que se sucedan ininterrumpidas las irracionalidades del sistema»*'.

La consecuencia inevitable es el cansancio. «Occidente está profundamente cansado. Cansado de sí mismo. Y nosotros, los europeos, los occidentales, estamos cansados de ese Occidente que, por lo demás, constituye nuestro espacio vital, nuestro *humus* histórico y cultural»". El nihilismo que se extiende hoy en las sociedades hastiadas del Primer Mundo no es el nihilismo activo y luchador proclamado por F. Nietzsche, sino un *«nihilismo fatigado»*, hecho de indiferencia, pasividad y frustración. El hombre moderno es fundamentalmente **«espectador»**. Un ser pasivo que participa en un engranaje que no está promovido por él y cuyo horizonte no llega a alcanzar.

e) Disfrute de lo inmediato

Cuando no se espera nada del futuro, lo mejor es **vivir al día** y disfrutar al máximo del momento presente. Es la hora de buscar las «salidas de escape» que la cultura del hedonismo y el pragmatismo pueden ofrecer ahora mismo.

«Si el hombre moderno estaba obsesionado por la producción, el posmoderno lo está por el consumo»". No predomina la ambición, el afán de superación, el espíritu de empresa y aventura. Una vez que uno se ha instalado con cierta seguridad, lo importante es retirarse al «santuario de la vida privada» y disfrutar de todo placer ahora mismo (*just now*). La vida es placer y, si no, no es nada.

f) Vacío de quehacer utópico

La convivencia social se ve despojada así de «quehacer utópico». Son pocos los que se comprometen a fondo para que las cosas sean diferentes. Asistimos más bien a una gran indiferencia hacia las cuestiones colectivas. Cada uno se preocupa de sí mismo. Se extiende por todas partes una cultura narcisista: el cuidado del propio cuerpo, la búsqueda de paz interior, el equilibrio psíquico, las terapias grupales.

Mientras tanto, crece la «**apatía democrática**», el desprestigio de las instituciones políticas y el empobrecimiento de la vida pública. La democracia no genera ilusión ni concita los esfuerzos de las gentes para crear un futuro mejor. «Los políticos se han convertido en administradores, más o menos eficaces, de maquinarias obsoletas y los ciudadanos-votantes en individuos que se acercan cada tanto a las urnas sin ninguna ilusión con respecto al significado de su voto».

g) Las consecuencias de «la guerra económica»

Esta crisis generalizada de esperanza es vivida de manera diferente en los diversos puntos del planeta, como consecuencia de «la guerra económica» que se produce en el interior de la comunidad internacional. Mientras los pueblos privilegiados (Estados Unidos, Japón, Europa) compiten entre sí para consolidar su poderío económico, los países subdesarrollados (continente latinoamericano, países orientales y del este) ven cada vez más amenazado su precario futuro, y el continente africano queda prácticamente excluido.

Al mismo tiempo en Europa se va configurando una sociedad cada vez más segmentada. El sector integrado, que tiene asegurado su trabajo y nivel de vida, disfruta del bienestar aislándose en su propio mundo de manera cada vez más individualista e insolidaria. El sector amenazado, que ve en peligro su estabilidad laboral y social, lucha por no quedar descolgado (contratos temporales, trabajos precarios), al tiempo que crece su desconfianza en la sociedad y su miedo a caer en una pendiente irreversible hacia la pobreza. Los sectores excluidos saben que Europa no es para ellos. Sin trabajo y sin posibilidades, han caído ya en la desesperanza. No creen en los políticos. No sienten en ninguna parte la «solidaridad de clase». El futuro se les cierra.

ALGUNOS RASGOS DEL HOMBRE DESESPERANZADO

Cuando en una sociedad muere la esperanza, la vida de la persona se deteriora. Sociólogos y psiquiatras describen en sus análisis los rasgos que parecen definir de manera cada vez más clara el perfil del hombre de esta sociedad desesperanzada. Señalamos algunos:

a) Un hombre sin metas ni referencias

El hombre contemporáneo se está quedando sin metas ni puntos de referencia. Según diferentes estudios, la persona es hoy más indiferente a *lo importante* de la vida. Apenas le interesan las grandes verdades de la existencia; no tiene certezas firmes ni convicciones profundas. Es cierto que busca mucha información para saber lo que está pasando. Pero esto no le ayuda a ser más sabia y profunda. Recibe muchas noticias, pero es incapaz de hacer una síntesis personal de cuanto le va llegando.

b) Hombre «light»

Cuando falta la esperanza, la vida se va vaciando de verdadero contenido humano. Según prestigiosos psiquiatras, está creciendo entre nosotros un tipo de **hombre «rebajado»** de su contenido humano. Un «**hombre light**». Como esos productos modernos, ligeros de calorías y atenuados en su fuerza natural: café descafeinado, leche descremada, tabaco sin nicotina. Un hombre interesado por muchas cosas, pero sólo de manera epidérmica. Muy atento a todo lo pragmático, pero con poca hondura. Un ser trivial y ligero, cargado de tópicos, con poca consistencia interna, que camina por la vida sin criterios básicos de conducta. Al sexo se le llama amor, al placer, felicidad; a los programas televisivos, cultura.

c) Hombre hedonista

Cuando hay poco que esperar, lo más razonable es **disfrutar del presente**. El hombre contemporáneo se va haciendo cada vez más hedonista. Sólo le interesa de verdad organizarse la vida de la forma más placentera posible. Aprovecharse, disfrutar, sacarle jugo. La vida es placer y, si no, no es vida. A este hombre le cuesta cada vez más interesarse por algo que no sea su propio bienestar, su dinero o el pasarlo bien.

Se busca lo más fácil, lo más cómodo, lo que se puede conseguir al instante con sólo enseñar la tarjeta de crédito. Como señala el catedrático de sociología, Andrés Orizo, «**ahora dinero equivale a éxito**». Ya no hay otra forma de triunfar socialmente. Vivimos tiempos de hedonismo y consumismo». Por eso, crece también la permisividad. Cada vez es mayor la resistencia a aceptar códigos o normas de comportamien-

to. Es bueno lo que me apetece y malo lo que me disgusta. Eso es todo. No hay prohibiciones ni terrenos vedados. No hay tampoco objetivos ni ideales mayores. Lo importante es el pragmatismo: lo que a mí me va bien.

Anécdota.- Tenía todo: No necesitaba de Dios. I, 28

e) Espectador pasivo

Según R. Argullol, «la pasividad es una característica fundamental para definir al hombre de nuestra época» 14 . El hombre contemporáneo es «espectador», un hombre pasivo, que no vive su propia vida hacia una meta, sino un ser que es movido por una gran maquinaria en marcha. Aparentemente está en constante movimiento, pero no va a ninguna parte. Ama la velocidad. Consume de manera acelerada espacio, tiempo, vivencias, pero es una «velocidad inmóvil» que no conduce al crecimiento de la persona.

Por eso, se va convirtiendo en un ser cada vez más irresponsable, **«perfectamente conformado a patrones técnicos; patrones que, a su vez, no son responsables ante nada más que a su propia operatividad, o a su mecánica de funcionamiento»**. Un individuo masificado, productor, consumidor, automovilista, receptor de la industria del ocio. Un hombre, configurado por la cultura televisiva, cada vez más incapaz para pensar libremente; un individuo que tiene respuestas preparadas, sabe qué emociones hay que sentir, qué comportamientos hay que adoptar; un «bárbaro-civilizado» que va alcanzando grados cada vez mayores de incompetencia, ignorancia y falta general de responsabilidad.

f) Individualista e insolidario

Cuando no se tiene esperanza en un futuro mejor para todos, cada uno busca resolver su problema. Se va extendiendo secretamente una consigna: **«Sálvese quien pueda»**. Cada uno se preocupa de su vida, su familia, su porvenir. ¿La situación de los demás? «Es su problema. Yo me he ganado a pulso mi nivel de vida, con mi propio esfuerzo y mi trabajo».

Se defienden los valores democráticos de libertad, solidaridad e igualdad para todos, pero lo que importa es ganar dinero como sea. Poco a poco, el «todo vale» con tal de obtener beneficios, va corrompiendo las conductas, viciando las instituciones y vaciando de contenido nuestras solemnes proclamas. Los grandes valores éticos son sustituidos en la práctica por los intereses de cada cual. Como ha dicho recientemente el escritor italiano Claudio Magis **«vivimos la vida como rapiña»**. Ya no hay límites. Todo se compra y se vende.

g) Buscador neurótico de seguridades

En una situación de crisis y ante un futuro nada optimista, el hombre contemporáneo busca seguridad. Lo que predomina en grandes sectores de la sociedad actual es «el instinto de seguridad». El hombre que ve amenazado su futuro laboral, familiar y social busca por todos los medios asegurar su posición. No hemos de olvidar, por otra parte, que, junto a la **«sociedad del bienestar»** hay otra **«sociedad del malestar»** que amenaza la supuesta felicidad de los satisfechos desde muchos frentes; desde los países subdesarrollados del tercer mundo y desde los sectores marginados de las sociedades desarrolladas. Como dice John K. Galbraith, la amenaza más seria para la **«cultura de la satisfacción»** proviene de aquellos a los que se está dejando fuera del bienestar. Según el profesor norteamericano, la situación de la subclase marginada es **«el problema social más grave de la época y, también, la amenaza más grande a la paz y la convivencia civil a largo plazo»**. Es normal que los excluidos del bienestar no acepten alegremente su destino y sea previsible el crecimiento de conflictos inmigratorios, la rebelión de los marginados, el estallido de los desesperados.

Mientras tanto, lo único que buscan los instalados es **seguridad**. Se exigen leyes y fronteras más estrictas frente a los extranjeros; se pide una represión más dura con los delincuentes de las ciudades. Lo que interesa es la **«seguridad ciudadana»**. Las clases privilegiadas contratan guardias de seguridad; en las residencias de alto nivel se instalan sistemas de protección. Nadie quiere pensar responsablemente en los que sufren miseria y malestar. Este ambiente puede ser caldo de cultivo de nuevos racismos, xenofobias y tendencias neoconservadoras".

h) Vida insensible y apagada.- A veces, sin advertirlo ellas mismas, la vida de las personas se va haciendo cada día más insensible y apagada. Poco a poco les va faltando empuje y entusiasmo. Todo va perdiendo fuerza y color. La persona hace más o menos lo que tiene que hacer, pero la vida no le llena.

i) Nada se espera de la vida.- Otras veces, el individuo vive satisfecho, contento con su actividad, su trabajo y sus logros. Sin embargo, ya no espera gran cosa de la vida, ni de sí mismo ni de los demás. Encerrado en el vivir de cada día, «**se va tirando**», sin más.

j) Cansancio y aburrimiento.- La falta de esperanza se puede manifestar también bajo forma de cansancio. La vida se hace pesada y aburrida. La persona se siente agobiada por el peso de la vida. Poco a poco, se desliza hacia la indiferencia y la pereza total.

k) Falta de alegría.- Otras veces, lo que se percibe es falta de alegría. La persona no encuentra gusto en nada. Cada día se siente más incapaz de saborear lo hermoso, lo bueno, lo grande que hay en la vida. No acierta a ver el lado positivo de la existencia. La tristeza y el malhumor se van apoderando de ella.

l) Vacío y frivolidad.- En ocasiones, lo que se constata es el vacío. La persona se vuelve cada vez más frívola y superficial. Con una resistencia cada vez mayor a todo lo que exija verdadero esfuerzo o sacrificio. La vida se va así empequeñeciendo. **El individuo envejece interiormente.** El pecado se convierte en costumbre, la vida en rutina.

m) Sin proyectos ni metas.- Otras veces, la persona se percibe a sí misma sin proyectos ni metas. No se siente con fuerzas para correr nuevos riesgos, no quiere cambiar, no tiene arranque para enfrentar,;e a nuevas dificultades. Sencillamente, se deja llevar por la vida.

Todos estos síntomas pueden denotar una **grave crisis de esperanza cristiana**. Por razones de orden diverso, la esperanza ha dejado de animar esas vidas. No son pocos los que, aun diciéndose cristianos, viven, de alguna manera, «extraños a las alianzas de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef 2,12).

5.- PERO HAY BASE PARA LA ESPERANZA

La esperanza no radica tanto en los logros y valores hechos ya realidad en nuestro mundo, cuanto en la aspiración y el clamor crecientes en nuestra sociedad, y en los ensayos y esfuerzos realizados y en realización, pese a todos los obstáculos. Juan Pablo II (TMA,46), enumera algunos, a modo de ejemplo:

- = “Los progresos realizados por la ciencia y la técnica, y sobre todo por la medicina, al servicio de la vida humana;
- = un sentido más vivo de la responsabilidad en relación al ambiente;
- = los esfuerzos por restablecer la paz y la justicia, allí donde hayan sido violadas;
- = la voluntad de reconciliación y de solidaridad entre los diversos pueblos, en particular en la compleja relación...”

II.- SIGNOS Y CONTRASIGNOS DE ESPERANZA EN LA VIDA RELIGIOSA ACTUAL

Cfr. Jesús Álvarez Gómez, C.M.F., EL MOMENTO HISTÓRICO DE LA VIDA CONSAGRADA, En la obra de Equipo "EN EL APRIETO ME DISTE ANCHURA", Publicaciones claretianas, Madrid 1992. Y Felicísimo Martínez Díez, O.P., Los Grandes Desafíos de la Vida Religiosa, en Boletín CONFER, Enero-Abril, 2000.

1.- ¿CÓMO CALIFICA USTED LA VIDA RELIGIOSA DE HOY? ¿Cree usted, a más religiosos de hoy: a) "La V.R. de las últimas décadas ha manifestado una excepcional vitalidad, compromiso y valor testimonial; prueba de ello son sus numerosos mártires"; b) "¿Qué poco religiosa es la V.R. actual!"?
2.- ¿Qué listado le sería a usted más fácil alargar: el de las "bondades", o el de las "flojeras" de la V. Religiosa actual? Ensaye.
3.- ¿Qué actitud cree usted priva hoy, en el mundo secular y entre los creyentes, ante la V. R.: Admiración, rechazo, tolerancia, indiferencia?
4.- ¿Qué resultado visualiza usted si se llevara a cabo una encuesta exhaustiva entre los religiosos de hoy, con la pregunta: <¿Cómo valora usted la V. R. actual?

1.- SIGNOS DE ESPERANZA

Al hablar de la Esperanza en la V.R., nuevamente se nos plantean los interrogantes ya considerados en el tema anterior:

= ¿De qué esperanza hablamos: -De la escatológica, según la cual esperamos que la Vida Religiosa nos conducirá a la Vida Eterna, o de la histórico-social, por la que esperamos un futuro histórico exitoso para la Vida Religiosa, y más en concreto para nuestra Orden?

= ¿Está Dios únicamente interesado en la dimensión escatológica de la V.R., o busca también que ésta sea un anticipo histórico de la Meta trascendente?

= ¿Nos da base nuestra fe para esperar que la V.R. permanecerá por siempre, en la Iglesia, con uno u otro rostro?

Es claro que la preocupación que actualmente nos acucia no es tanto el futuro escatológico de los religiosos, cuanto el **futuro histórico de la V. R.**, en qué sentido hemos de confiar en el Espíritu Santo, que la impulsó desde sus orígenes, y en qué otro nos toca a nosotros prepararlo. Nuestras reflexiones, por ello, obedecen a los interrogantes:

= ¿Qué futuro histórico esperamos para nuestra Vida Religiosa?

= ¿Cuál es nuestra esperanza?

Interrogantes que, en unos Ejercicios Espirituales, han de traducirse en estos otros:

= ¿Cuál es mi esperanza?

= ¿Cómo me siento yo como "religioso" en el contexto del mundo actual?

= ¿Sigo encontrando un alto sentido y valor a mi vida religiosa? ¿Por qué?

a) Vitalidad-Relajación de vida.- A partir del Vaticano II, nos encontramos bajo un apremio a la renovación-revitalización similar al del siglo XVI, pero con matices bien diferentes. En el siglo XVI se reconocía una situación de relajación generalizada de la Vida Religiosa, que era preciso renovar con la "vuelta a los orígenes": al primer espíritu y a la primera observancia. Hoy no sería justo hablar de relajación generalizada: La vitalidad de la Vida Religiosa en general no tiene nada que envidiar a la del pasado, y la disposición de entrega y compromiso generosos ha dejado en nuestro tiempo numerosos mártires. El declive de la V. R, ocurre "a pesar de-":

= A pesar de los notables esfuerzos de renovación del período postconciliar;

= A pesar de los significativos cambios de estructuras llevados a cabo;

= A pesar de una decidida opción por los pobres y solidaridad con los mismos.

= A pesar de su espíritu profético, que ha producido numerosos mártires.

- = A pesar de la generosa y abnegada entrega a la misión, con responsabilidades multiplicadas, por el cada vez menor número de religiosos.
- = A pesar de la existencia de excelentes religiosos y religiosas, llenos de espíritu y entusiasmo, de mística religiosa y de sentido comunitario.
- = A pesar de la tensión mantenida, de manera generalizada, por encontrar caminos y recrear modelos de Vida Religiosa, que respondan a los desafíos del mundo actual.

Sin embargo, es preciso reconocer que la vitalidad de la V.R., hoy, radica más en el aspecto de misión (actividades y compromisos), que en la calidad de la vida comunitaria y religiosa en cuanto tales. Para multitud de religiosos, la satisfacción fundamental, que da sentido a su vida, se apoya en “**en lo que hacen**”: La misión que estoy cumpliendo merece la pena; soy un buen párroco, un buen educador, un buen escritor...; la gente me aprecia y me quiere, etc. Satisfacciones que no han evitado, para muchos, la cuestión de fondo:

- = **¿Y para ser un buen párroco, un buen educador, un buen escritor..., necesito ser religioso?**
- = **¿Qué añadimos, como religiosos, a estas funciones, que también llevan a cabo los que no lo son?**

Estas cuestiones están en el trasfondo de la crisis vocacional y del éxodo de multitud de religiosos.

b) Vitalidad- Agotamiento de modelos.- El apremio a la revitalización tiene lugar hoy a pesar de esa vitalidad. Y es que el apremio a la renovación procede, no tanto de la relajación interna, cuanto del cambio de paradigmas del mundo en que vivimos, de los “signos de los tiempos”, que han puesto en crisis los viejos modelos de Vida Consagrada. La expresión más patente es la crisis vocacional, diríamos “crisis de natalidad”, que afecta a toda la V. R., casi por igual, aún más, a toda la Iglesia, y que denota una mengua alarmante de su fuerza convocadora.

Por ello, la primera llamada del Concilio a “volver a los orígenes”, hoy se considera insuficiente, hablándose más bien de la urgencia de una “refundación”: cambio de modelos o paradigmas, para que éstos respondan a los desafíos, interrogantes, aspiraciones y sensibilidades del hombre de hoy.

En este sentido, la problemática hoy planteada no es ya la confrontación entre “relajados” y “renovados”, como ayer. Sino la de encontrar juntos respuestas evangélicas a los grandes interrogantes que nuestra realidad actual nos plantea. Y esta problemática nos hermana a todos. La Vida Religiosa histórica ha pasado por períodos de extraordinaria vitalidad y fecundidad y por períodos de profunda relajación. No es quizá realista, catalogar la actualidad de la Vida Religiosa como de “extraordinaria vitalidad y fecundidad”; pero tampoco sería justo tildarla de “profunda relajación”.

Las viejas relajaciones de la Vida Religiosa obedecieron, las más de las veces, a la degradación de la calidad de vida, humana y religiosa, de los individuos que la integraban. Hoy no podemos decir lo mismo. Hay de todo “en la viña del Señor”, pero hablando globalmente, **no es legítimo hablar, sin más, de relajación de las personas religiosas.** Y menos de relajación de la Vida Religiosa en cuanto tal: En pocos períodos de su historia, la Vida Religiosa ha vivido la “constante tensión hacia Dios” (en frase agustiniana), que ha vivido en el postvaticano II; anhelo, empeño, esfuerzos reiterados de renovación- revitalización.

Para muchos, el juicio respecto a la renovación llevada a cabo en los Institutos religiosos es negativo. Para otros no solamente se han conseguido muchos logros, sino que aún son muchos más los que se pueden esperar para un inmediato futuro. Las bases para ello están puestas porque los religiosos están más apremiados que nadie a ser revolucionarios, porque siempre han sido revolucionarios. El seguimiento radical de Jesús los compromete fundamentalmente a continuar la historia de las revoluciones y de los cambios profundos iniciados por el propio Jesús.

Los religiosos están capacitados para esta revolución permanente porque en los orígenes de sus Institutos hubo siempre un hombre o una mujer que fueron capaces de revolucionar la historia de su tiempo y de su entorno. Por esto precisamente hay que ser fuertemente críticos con la renovación llevada a cabo porque la historia de las verdaderas revoluciones que han de llevar a cabo los religiosos está siempre por escribir; siempre hay un más allá, a pesar de todo lo realizado por ellos en el pasado y en el presente.

c) La cuestión de los modelos.- En tiempos pasados, los modelos de Vida Religiosa eran universalmente aceptados, y eran los individuos los que, con frecuencia, fallaban. Hoy es justamente a la inversa: Los individuos religiosos son comúnmente aceptados, admirados y valorados, pero son los modelos mismos de Vida Religiosa los que han perdido su atractivo y fuerza de convocación. Resulta demasiado frecuente que excelentes religiosos despierten interés, simpatía y amistad, en cuanto personas, pero no tanto en cuanto miembros de determinada Congregación. Es el modelo congregacional, no los individuos, el que parece no despertar interés.

Estas constataciones son, sin duda, ambivalentes: Por una parte, el hecho de contar la Vida Religiosa actual con tantos religiosos “excelentes”, en todos los sentidos, es una fuente de esperanza. Por otra, acecha el riesgo del desencanto y la desesperanza aun en muchos de esos religiosos “excelentes”, porque el modelo de vida congregacional les desborda: No depende exclusivamente de ellos, sino de todos. Y el “TODOS” constituye un mecanismo pesado, difícil de maniobrar.

Y he aquí el gran desafío que hoy tenemos planteado: Del individuo “carismático”, que en otros tiempos arrastró a miles, hoy necesitamos que miles se unan y comprometan en la misma dirección, para brindar a cada religioso el modelo de vida en el que pueda vivir, sin demasiados “peros”, la alegría de la propia vocación.

2.- LA TENTACIÓN DEL DESENCANTO

a) Normalidad de la situación actual de la V. R.- Ante todo, es importante no olvidar que el desgaste o agotamiento es, en cierto modo, connatural a todo proceso vital. Hay algo en el misterio de la vida que está llamado a permanecer, y hay algo que irremediablemente envejece y caduca. Tanto en la vida del individuo como en las instituciones y sistemas, hay un ciclo vital que comienza en parábola ascendente, se estabiliza en su cumbre, para comenzar a declinar hasta agotarse.

b) El ciclo vital de la vida religiosa.- La V. R., de manera similar a la Iglesia, es portadora de un espíritu o carisma; y como tal es un valor permanente y válido para todos los tiempos. Pero históricamente ese espíritu o carisma ha debido concretarse en determinados **MODELOS de vida**. Estos son siempre provisionales, pues tienden a desgastarse, o a no responder ya a los signos de los tiempos, y necesitan ser recreados. Madurez.

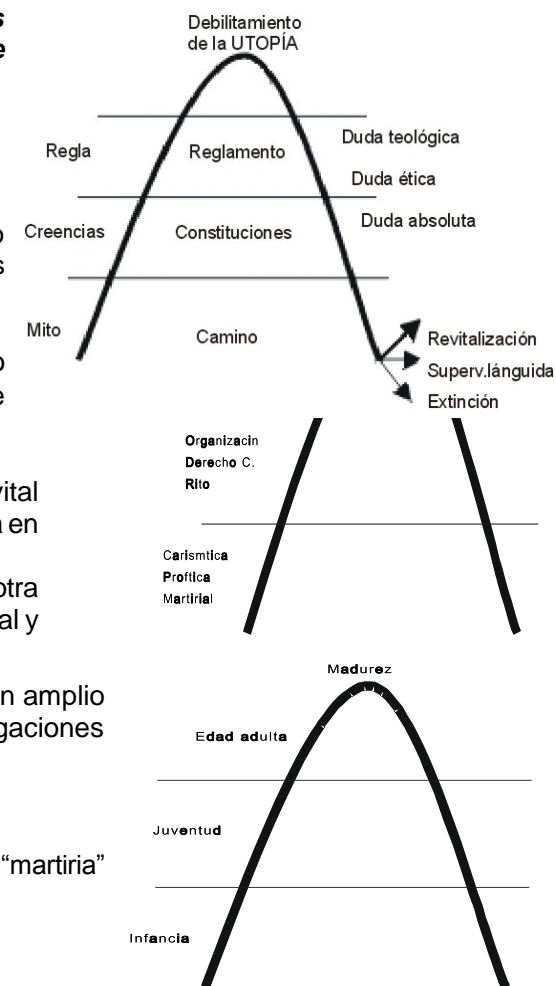
Los modelos de vida no son el “espíritu”, sino el “cuerpo” en que aquel se encarna, según los tiempos. Por eso históricamente han presentado un ciclo vital semejante al de la vida psico-física del individuo humano: Niñez, juventud y edad madura, y vejez. Es una curva parabólica inicialmente ascendente, estabilizada en su cumbre, para comenzar su descenso hasta el agotamiento:

= Los distintos modelos históricos de la Iglesia (monárquico, feudal, autocrático, etc.) tuvieron su etapa de auge y florecimiento y decayeron hasta agotarse. En otra perspectiva, la Iglesia vivió su etapa carismática, profética, laical y martirial en los comienzos; pasó luego a ser eminentemente jerárquica, institucional, clerical y jurídica, para dar paso, por fin, a un modelo más democrático, coparticipativo y pluralista.

= La V. R., de manera similar, pasó por el modelo anacorético y eremítico; continuó con los modelos cenobítico y monástico; continuando más tarde con un amplio abanico de modelos de Vida Religiosa Activa, desde las Ordenes Militares, Hospitalarias y de Redención de Cautivos, hasta la amplia gama de Congregaciones modernas, con diversidad de carisma y misión.

Ahora bien: la curva ascendente de la V. R, aparece cuando la curva de la Iglesia empieza a ser descendente:

- Cuando la Iglesia martirial pierde su fuerza de testimonio, porque la persecución ha cesado, la V. R. Presenta un nuevo TESTIMONIO de vida evangélica. Del “martirio” a la “vita consecrata”.
- Cuando la Iglesia se ha tornado más jerárquica que carismática, la V. R, aparece como Movimiento carismático.
- Cuando la Iglesia se va clericalizando, relegando más y más a los laicos, la V. R, surge como movimiento laical dentro de la Iglesia.
- Cuando la Iglesia acentúa la institución, la normativa, la obediencia y sumisión, la V. R, aparece como movimiento Profético.



3.- LA CURVA DE VITALIDAD DE LAS CONGREGACIONES RELIGIOSAS

Diarmuid O'Murchu nos presenta en su libro "La vida religiosa, una visión profética," estas fases del ciclo vital de nuestras comunidades religiosas:

- Etapa fundacional: Fase mítica.-** Dura de 20 a 30 años. Es el tiempo de la gracia y del carisma. Hay un fuerte sentido de cohesión centrado en la persona del fundador. El espíritu y vitalidad de los grupos otorga a éstos un fuerte poder convocador, y la congregación está en manifiesto crecimiento. Diríamos en lenguaje corriente "romántica". No hay un plan organizado, pero sí una poderosa visión que unifica al grupo y lo lleva a la acción, en virtud del fuerte arrastre del carisma de fundación.

2. **Etapa de expansión: Fase organizativa.-** Dura al menos 50 años. En **ese** tiempo se institucionaliza el carisma fundante. Las estructuras de gobierno se reorganizan, se consolida el sistema y modelo de vida, se sientan normas y leyes que regulan la vida de todos los miembros. En los comienzos, el carácter de pequeños grupos permitió la existencia de mucho espíritu y pocas formas. Con la expansión de la Congregación, fue haciéndose necesaria la formulación de convicciones y creencias y la precisión de leyes, reglas y reglamentos. La Congregación se hace corporativamente más consistente, pero tiende a menguar en esa medida el primer espíritu.
3. **Etapa de estabilización: Fase de apogeo.-** Un siglo **más** o menos. Un sentido de éxito llena **al** grupo y eso tiene un efecto positivo sobre los miembros y **sobre** sus dirigentes. Este éxito permite el estancamiento; el activismo comienza a dominar y los miembros tienden a ser llevados por el movimiento de **la comunidad** en vez de ser conducidos por un profundo compromiso con el espíritu del fundador. No se percibe una necesidad de cambio. Hay una sensación general de bienestar.
4. **Etapa de debilitamiento: fase del quiebre.-** Poco a poco los intereses de la Institución van adquiriendo prioridad sobre el espíritu que ha de impulsar a sus miembros. La meta ideal fomentada es el cumplimiento fiel de las Reglas y Reglamentos. En esta etapa, cuando todo parece ir bien, el mito llega a ser una convicción ciega, una ideología. El grupo comienza a existir para si mismo. Esta no es una elección consciente. Algunos autores dicen que esta etapa es el destino de todos los grupos. La convicción fundante suele irse debilitando.
- = Comienza un período de ruptura con la insatisfacción, de un pequeño grupo, con la vida interna del grupo o con sus compromisos. Ya las estructuras no son suficientes. Hay una duda general y surge el stress. Ya no se puede recuperar el pasado. Baja el número de miembros. Pueden haber **incluso** abusos internos.
- = En esta fase suelen disminuir notablemente las vocaciones porque los jóvenes se resisten a ingresar en "*ancianatos*" o "*casas de resposo*", imagen que dan frecuentemente estas comunidades, a los que sólo resta preparar con cariño su funeral de primera o de segunda clase.
- = La curva sigue su trayectoria descendente: Comienza un proceso de duda y de cuestionamiento. Aunque las dudas no son las que causan el problema, no obstante aparecen como resultante del proceso de descenso y de decaimiento que es imposible hacer retroceder. Tengamos en cuenta que declinar no significa necesariamente terminar en la muerte! Esta curva descendente incluye cuatro formas de duda:
- = **La duda operacional.-** La gente está descontenta con la forma como funciona el sistema. Siente que "hay algo que va mal" pero no acierta a definirlo. Para disminuir su ansiedad hace cambios o modificaciones externas, como se hizo en los años sesenta, cuando se modificaron los hábitos y cuando se intentó convertir las casas religiosas más en casas de familia que en conventos. También en esta etapa no todos los miembros de la congregación están insatisfechos y surgen las dos alas de "liberales" y "conservadores".
- = **La duda ideológica:** Toma algún tiempo alcanzar ese estado. En este momento algunas de las creencias básicas del grupo son cuestionadas y hasta abandonadas. Por ejemplo, la vida de oración, la pobreza y la sencillez y algunos frentes apostólicos. Esta etapa puede estar marcada por una búsqueda de libertad y autonomía por parte del individuo, poniendo en peligro el compartir del grupo y hasta su futuro.
- La curva reversiva:** Cuando un grupo quiere la refundación y la revitalización eso no se puede dar si antes no se ha experimentado la duda ideológica. Incluso, el grupo debe evolucionar hasta la duda ética. Este es el momento en el que se da una gran oportunidad de que la mayoría del grupo responda favorablemente a la solución de sus dificultades como Congregación.
- = **La duda ética.-** Esta es la etapa mas fácil de identificar. Cuando los miembros hacen preguntas como: "*¿Es correcto que nosotros.. vivamos en este tipo de casas,.. enseñemos en colegios de ricos,... sostengamos viejas estructuras que ya no funcionan...?*", el grupo está experimentando la duda ética. El verdadero problema de la comunidad es estructural, no personal! Y eso se hace cada vez mas problemático. Esta duda ética puede llevar a adoptar medidas drásticas, algunas de las cuales pueden causar sentimientos negativos en algunos miembros de la Congregación. El cómo el grupo maneje esta etapa es lo que determina si necesita entrar en la etapa final de la duda absoluta.
- = **La duda absoluta.-** En este momento ya se han cerrado casas por falta de personal. La gente está recargada de trabajo. Los miembros se van volviendo ancianos y hay muy pocas o ninguna vocación. El grupo puede incluso decidir que no es conveniente recibir nuevos miembros. Se vive una mezcla de depresión y de resignación.

4.- LA ENCRUCIJADA

a) **Las tres alternativas.**- Cuando un modelo de V. R. ha acentuado su curva descendente y llega al agotamiento de su ciclo vital, sólo le quedan tres alternativas:

=**Extinción:** La Congregación, que quizá tiene una bella historia de vitalidad y servicio a la Iglesia, parece haber concluido su razón de ser, y muere apaciblemente. El 76% de todos los grupos de religiosos fundados antes de 1500 desaparecieron. El 64% de los fundados antes de 1800 ya no existen, Eso supone que muchos grupos de religiosos en la Iglesia de hoy van a desaparecer.

= **Supervivencia lánguida:** Algunos grupos luchan por sobrevivir pero Irán muriendo lentamente porque cualquier intento de revitalización o de cambios drásticos no es aceptado por todos. Algunos grupos continuarán durante siglos cada vez con menos personal. Solo el 5% de los religiosos fundados antes de 1800 tienen más de 2000 miembros.

= **Revitalización:** Algunos grupos serán lo suficientemente valientes como para comenzar nuevos intentos de reencarnar el carisma fundante en tal forma que responda a las necesidades del mundo de hoy. Esto les hace experimentar a todos el dolor de la separación y de la pérdida de un ser querido. Si el grupo puede hacer frente al problema, a pesar de todo, eso les ayuda a apoyarse y revitalizarse mutuamente. Así la experiencia de muerte se convierte en una experiencia de crecimiento y de vida nueva.

Para la extinción no hace falta hacer nada: ella sólo va viniendo. Para la supervivencia lánguida muy poco: Seguir la rutina. Pero para la revitalización hace falta responsabilidad, empeño y compromiso de todos sus miembros.

El Espíritu, que “hace nuevas todas las cosas”, hace siempre posible reiniciar nuevos ciclos de vitalidad, cuando el anterior se va agotando.

=¿Cuál es nuestra esperanza?

= ¿Cuál es mi esperanza personal, en lo que a la V.R, se refiere y en lo que a la propia vivencia religiosa atañe?

Cuando se completa el círculo eso puede significar el fin para algunas provincias o congregaciones religiosas, pero no el fin para la Vida Religiosa misma, porque siempre surgen nuevos visionarios inspirados constantemente por el Espíritu Santo, lo que permite que el ciclo siempre vuelva a comenzar, acaso en formas muy diferentes.

b) **La tentación del desencanto.**- La V. R. ha vivido un largo período, de más de 30 años, de esfuerzo renovador, a partir del Vaticano II. Fruto de ese esfuerzo han sido unas Constituciones renovadas, y el paso de unas estructuras en exceso verticalistas a otras estructuras más horizontales, más fraternas, más democráticas.

Sin embargo, las ilusiones y proyectos plasmados en los textos legislativos son siempre superiores a las realizaciones concretas. No han faltado nostálgicos anhelantes de retornar a la situación anterior, o aceptando únicamente aquello que en la renovación les agrada. La tentación del desencanto puede encontrar su apoyatura en una serie de hechos negativos bien tangibles en la actualidad:

1) Los síntomas de agotamiento:

- la capacidad de convocatoria vocacional es escasa;
- la perseverancia de los candidatos es cada día más frágil;
- el entusiasmo de los perseverantes está en declive;
- el repliegue de presencias y obras apostólicas es creciente;
- un cierto tono luctuoso y desesperanzado se expande sobre muchas comunidades... Hay honrosas excepciones, pero las mismas confirman la regla.

2) **El desafío de las estadísticas.**- Uno de los hechos más espectaculares de esta etapa postconciliar ha sido sin duda el fracaso vocacional de decenas y decenas de miles de religiosas y religiosos. Las estadísticas son verdaderamente estremecedoras, no sólo para algunos Institutos en particular que han perdido casi la mitad de sus efectivos, sino también para la Vida Religiosa en general. Y a esto hay que añadir el descenso alarmante de los ingresos en los noviciados, por más que en estos últimos años se haya advertido un favorable aunque tembloroso crecimiento de las estadísticas.

3) El desafío de las abstracciones

Existe la impresión de que la pretendida renovación no ha sobrepasado los límites de los escritorios en que se han planificado. Una renovación de grandes programas capitulares, de Congresos y Semanas Nacionales de reflexión, que no se han encarnado en la vida real de cada día. Se corre así el riesgo de que la renovación se limite a detectar simplemente las urgencias reales para las que se han programado estupendas posibilidades que se han olvidado apenas se terminó de programarlas. La realidad no es esa, sencillamente porque no todo se ha quedado en papeles mojados; también ha habido estupendos resultados prácticos; pero las impresiones de muchos en sentido contrario también están ahí; son bien reales. Por eso mismo, lo decisivo en esta hora presente no está en si los religiosos han conseguido del todo su renovación, sino en si ellos aman de verdad su renovación. Y lo que ellos aman ha quedado sin duda bien reflejado, no sólo a nivel oficial, sino también a nivel personal, en sus Documentos oficiales.

4) Final e insuficiencia de los viejos modelos.- Convicción generalizada del final o insuficiencia de unos modelos, de unas mediaciones institucionales que ya no son capaces de canalizar el seguimiento radical de Jesús, que debe caracterizar ese proyecto de vida cristiana. A esta situación de la vida religiosa se la ha descrito recientemente con diferentes metáforas o parábolas:

- Se ha hablado de la necesidad de retejer un **jersey nuevo** con la lana antigua, la lana de siempre.
- Se ha hablado de una **situación de caos**, que ha de ser como la materia prima del cosmos, de una nueva creación.
- Se ha hablado de la **noche oscura**, la gran prueba de la fe, utilizando la imagen de los grandes místicos del siglo XVI
- Y se ha hablado, sobre todo, de los **tiempos de invierno** para calificar los actuales momentos de la vida religiosa.

Todas ellas son imágenes que evocan tiempos duros, severos, difíciles. Son imágenes que evocan tiempos críticos. Y en estos tiempos se hace especialmente necesaria la autocrítica.

El primer desafío para la vida religiosa hoy es la autocrítica, la sinceración de la situación por la que atraviesa, el análisis de sus causas y el señalamiento de las verdaderas soluciones. La vida religiosa debe armarse de coraje evangélico, para hacer un ejercicio honesto de autocrítica. El coraje evangélico consiste sobre todo en una fe radical y una humildad profunda. El voluntarismo no es suficiente. Sólo esas virtudes permitirán a religiosas y religiosos asumir con lucidez la crisis y enfrentarla con valentía

5.- LA CURVA DE VITALIDAD DE LA PROPIA VOCACIÓN

La curva de vitalidad parece connatural a todo proceso vital, sea de grupos o instituciones, sea del individuo. Es patente en gran parte de los matrimonios, tanto de los que se deshacen como de los que permanecen. Y ocurre en concreto en la vivencia personal de la vocación en la Vida Consagrada. También ésta presenta, en uno u otro grado en todos los individuos, un ciclo vital en cuatro fases:

a) Fase mítica.- La del entusiasmo, romanticismo e idealismo, en la Vida Religiosa. Se vive de manera intensa particularmente en el noviciado y primeros años de profesora. Su problema fundamental es el de lograr armonizar un idealismo sublimado con el realismo de las limitaciones y deficiencias humanas, propias y sobre todo ajenas. Con frecuencia, cuanto más idealistas, más propensos a la susceptibilidad y al desencanto, en el choque con la realidad que termina por imponerse. Por ello, es la fase en que surge con frecuencia una fuerte actitud crítica.

b) Fase organizativa.- Si la fase mítica se ha superado, sobreviene la fase organizativa, en la que el individuo se va acomodando: ha menguado el idealismo y priva el realismo. Y en él se organizan los propios gustos, aficiones, apegos, objetivos e intereses. De algún modo uno se va construyendo su propio nido de relaciones e intereses, en el que satisfactoriamente se instala.

c) Fase de apogeo.- La instalación-acomodación no excluyen la eficiencia y el éxito en la propia misión o actividad. Es la fase de la productividad, en la que se puede experimentar la valoración y el aplauso de los demás por los propios éxitos externos. Y uno se siente bien y autorrealizado.

d) Fase de debilitamiento y quiebre.- Al fin termina aflorando el vacío de interioridad latente. En cuanto religioso, ha ido desapareciendo la alegría de la propia vocación. Se es satisfactoriamente profesional, pero lo de religioso ha pasado a lugar muy secundario, hasta perder sentido. En muchos casos simplemente se tolera y se contemporiza. Pero resultan molestas las insistencias en renovaciones, más tiempos para la oración, para el compartir comunitario, etc. La propia vida se ha hecho rutina, y resulta enojosa el empeño de muchos de sacarle de la misma.

En otros muchos casos también aquí se presentan las dudas ideológicas, éticas y absolutas. Y para todos se presenta la triple encrucijada:

- = Pérdida real de la propia vocación (saliéndose o quedando).
- = Supervivencia lánguida. (Se va tirando: ¿dónde ir ya?)
- = Revitalización personal.

El interrogante-termómetro, que mide nuestra temperatura interior es:

-Si me encontrara de nuevo en el punto de partida, con la experiencia que hoy tengo, ¿volvería a optar por la Vida Religiosa, y en concreto agustiniana?

Tres anécdotas (Plegarias y Parábolas):

= 8.- Gritar para quedar a salvo

=10.- No cambies.

= 16.- Cambiar yo para que cambie el mundo.

6.-LA ESPERANZA EN LA VIDA RELIGIOSA

Se puede plantear la pregunta por el futuro de la Vida Religiosa en general o por el futuro del propio Instituto en particular, desde la sensación colectiva o personal de que todo se derrumba: ¿Será esta la última generación de religiosos? ¿Merece la pena seguir luchando por algo que ya no tiene futuro? Ante preguntas como éstas, puede surgir fácilmente la alternativa de huir, de abandonar la lucha, o de retornar apresuradamente hacia la época en la que todo parecía mejor; mejor, sin duda, para aquel momento, pero no mejor para el presente ni para el futuro. Cuando se encara el futuro con miedo brotarán inevitablemente proyectos que, en vez de lanzarnos hacia el futuro, nos devolverán hacia el pasado, convirtiéndonos en estatuas de sal.

a) **El futuro de la Vida Religiosa está en las manos de Dios.- Es necesario** contar siempre con el protagonismo del Espíritu. Sin duda, el panorama que se le presenta a la Vida Religiosa de cara al futuro inmediato, «de tejas abajo», no es nada alentador. Pero la Vida Religiosa nunca ha sido solamente cuestión «de tejas abajo», sino que hay que contar siempre con la fuerza del Espíritu que está en el origen de cada Instituto religioso y también en su desarrollo. No hay que olvidar nunca, por supuesto, la parte que a los mismos religiosos les incumbe. Y lo primero que tienen que hacer es intentar discernir los signos de los tiempos, a fin de descubrir en ellos la voluntad salvífica de Dios para el presente y para el futuro.

Desde esta perspectiva, el futuro de la Vida Religiosa no invita al desaliento. El Espíritu que suscitó la Vida Religiosa, no dejará de estar presente en su futuro. Se trata, en definitiva, como dice Juan de Dios Martín Velasco, de realizar un análisis de la situación real que permita iniciar «*la lenta marcha desde este miedo que a todos nos acecha y que, tal vez, sea hoy el compañero de no pocos de nosotros, pasando por la, cada vez más necesaria, paciencia, hacia la esperanza*».

Fue esta la actitud de los profetas. Ellos no se limitaron a *denunciar* una situación de desajuste, de no-salvación, entre la realidad del Pueblo de Dios y las exigencias que sobre él tenía el mismo Dios, sino que *anunciaron* también un camino de salvación. Puede que el *desierto* y la *noche*, que habrá que atravesar, sean largos, muy largos; pero al final vendrán el valle frondoso y la mañana luminosa de un futuro mejor.

b) **...Pero el futuro de la Vida Religiosa también está en nuestras manos.-** La afirmación de que “Todo depende de Dios”, sólo es plenamente verdadera en la medida en que le sigue esta otra afirmación: “Todo depende de ti”. Porque a fin de cuentas, cuando las cosas van mal, no es Dios el que está fallando, sino los seres humanos, con los que quiso “aliarse” para llevar a plenitud la historia y la obra creadora. Esto significa que en nuestra esperanza y desde nuestra esperanza incommovible en la Providencia de Dios, no debemos perder el contacto con la realidad, por aquello del refrán castellano: «*A Dios rogando y con el mazo dando*». Que San Agustín expresó quizá más claramente con la frase: “*Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti*”. No sería humano y, menos aún, no sería cristiano, esconder la cabeza debajo del ala o enterrarla en la arena, como hace el avestruz en las Pampas argentinas, para no ver al enemigo, para no ver la realidad circundante. Pero, por otra parte, la constatación de la realidad, por adversa que pueda ser, incluso en el caso extremo de que esta concreta encarnación cultural de la actual Vida Religiosa o del actual propio Instituto, tuviera que desaparecer, un cristiano, un religioso, no deberían perder nunca la calma. Entraría aquí en juego el *ARS moriendi carismatica*, el arte carismático de morir, de que habla Juan Bautista.

Entretanto, hemos de seguir empeñados en una seria revitalización de lo que consideramos columnas de la Vida Religiosa:

- 1.- Revitalización del Carisma Congregacional.
- 2.- Revitalización de la Vida en Comunidad.
- 3.- Revitalización de los Consejos Evangélicos.
- 4.- Revitalización de la espiritualidad personal y congregacional (vida de oración).
- 5.- Revitalización de nuestra misión, en clave profética.
- 6.- Revitalización de la armonía “interioridad-comunidad-misión”.

III.-LA ESPERANZA HUMANA EN LA PERSPECTIVA DE LA ALIANZA.

-LA ESPERANZA ACTIVA-

1.- ¿Qué conclusiones se pueden sacar de la afirmación: <Yo tengo fe en Dios, y Dios es mi esperanza>, en contextos como éstos: -Cuando la sociedad se vuelve más y más caótica; cuando la violencia y la corrupción van en creciente; cuando cada vez son menos los que acaparan el 80% de la riqueza, y más los que han de repartirse el 20% restante, etc.?
2.- ¿Qué conclusión puede sacar un no creyente de la afirmación de los creyentes: <Yo pongo en Dios mi fe y mi esperanza>, cuando en tres mil años de historia Dios no ha solucionado los problemas de injusticia, opresión, violencia e inhumanidad, ni siquiera en las sociedades creyentes?
3.- ¿Considera usted satisfactoria la respuesta: <A Dios sólo le interesa responder a los creyentes y otorgar paz, justicia y felicidad en la otra vida>?
4.- ¿Cómo se defendería usted, creyente, de la acusación marxista: <La religión es el opio del pueblo>?

1.- ESPERANZA ACTIVA Y PASIVA

a) Pobreza de vocabulario.- Nuestro idioma es considerado particularmente rico en sinónimos y matices de expresión. Pero, a diferencia de otros idiomas, resulta pobre en lo que se refiere al término “esperanza”. Mientras en el inglés, por ejemplo, los verbos “to wait/ to hope”, y en el francés “attendre/ espérer”, tienen connotaciones muy diferentes, según se trate de un esperar pasivo o activo, en castellano ambos matices se confunden en el mismo vocablo. Sin embargo, no es lo mismo:

= *La esperanza activa, o de conquista* (-“yo espero alcanzar la cumbre”-) del alpinista o andinista que lucha fatigosamente por alcanzar las más altas cimas, y

= *La esperanza pasiva, meramente receptiva*, de quien espera sin posibilidad o disposición de hacer nada de su parte: -“yo espero el autobús”, “espero que llueva pronto”, “espero que el destino me sea favorable”, etc.

Llaman la atención las acepciones del término “esperar”, descritas por el diccionario de la lengua: “1. Permanecer en un sitio, o detener una actividad hasta que venga alguien o suceda algo (estoy esperando a que venga el autobús). 2. Tener esperanza (espera un poco, verás cómo se arregla). 3. Desear algo grato (espero que vuelva). 4. Estar una cosa próxima a suceder (¡Buen día nos espera mañana!)”. - Diccionario Anaya de la Lengua.

b) Espiritualidad cristiana de la esperanza.- Es preciso reconocer que, en la espiritualidad cristiana, la esperanza derivó muchas veces en expectación pasiva, avalada por una argumenación teológica deficiente y ambigua:

- “Dios todo lo puede y quiere lo mejor para el hombre”;
- “el hombre no puede nada por sí mismo”;
- luego es necesario esperarlo todo de Dios.

Dios pasa así a ser el único responsable del acontecer humano, personal e histórico: “La guerra acabará pronto, si Dios quiere”; “Dios quiera que haya más justicia en el mundo”; “con el tiempo seré mejor, si Dios quiere”. Todo parece depender sólo y exclusivamente del querer de Dios. Y suena heterodoxo, para muchos oídos, afirmar que son muchas las cosas que ocurren en la vida humana, **a pesar de que Dios no lo quiere**. Simplemente porque lo quieren los

hombres.

2.- LA ESPERANZA HUMANA Y LAS “PROMESAS” DE DIOS

a) Las promesas de Dios y la esperanza profética.- Uno de los énfasis más significativos de los Libros Proféticos son las Promesas de Dios, cuya realización tendrían lugar con el advenimiento del Mesías. Tales promesas son propuestas a nuestra reflexión particularmente durante el tiempo de Adviento:

- *“El Señor gobernará a las naciones y enderezará a la humanidad. Harán arados de sus espadas y sacarán hoces de sus lanzas. Una nación no levantará la espada contra otra, y no se adiestrarán para la guerra”. Is. 1, 4.*
- *“Esto dice el Señor: Pronto, muy pronto, el Líbano se convertirá en vegetal, el vergel parecerá un bosque. Aquel día oirán los sordos las palabras del Libro; sin tinieblas ni oscuridad verán los ojos de los ciegos. Los oprimidos volverán a alegrarse con el Señor y los pobres gozarán con el Santo de Israel; porque se acabó el opresor, terminó el cínico, y serán aniquilados los despiertos para el mal”.- Is. 29, 17ss.*
- *“En aquel día... habitará el lobo con el cordero, la pantera se tumbará con el cabrito; el novillo y el león pacerán juntos: un muchacho pequeño los pastoreará. La vaca pastará con el oso, sus crías se tumbarán juntas; el león comerá paja con el buey. El niño jugará con el áspid, meterá la mano en el escondrijo de la serpiente. No hará daño ni estrago por todo mi monte santo...”Is. 11, 1ss.*
- *“Jerusalén, despójate de tu vestido de luto y aflicción y viste las galas perpetuas de la gloria que Dios te da... Porque Dios te dará un nombre para siempre: <Paz en la justicia, gloria en la piedad>“. Baruc 5, 1-9.*
- *“Yo voy a hacer de Jerusalén un Contento y de su pueblo una Alegría. Yo quedaré contento con Jerusalén y estaré feliz con mi pueblo. Ya no se sentirán, en adelante, sollozos de tristeza, ni gritos de angustia...” Is. 65:18ss.*

Los sacerdotes sabemos sobradamente de uno de los interrogantes frecuentes en nuestros fieles de buena voluntad: -“¿Cómo es que Dios ha hecho tantas promesas que, a más de 2000 años de distancia, a todas luces no se han cumplido, a pesar de haber llegado el Mesías, frustrando así la esperanza, particularmente del antiguo Pueblo de Dios?”.

Nuestra respuesta teológica puntualiza que el cumplimiento de las Promesas tendrá lugar en la plenitud de la “Era Mesianica”, que Cristo inauguró. Es entonces cuando serán realidad “los nuevos cielos y la nueva tierra, en que habite la justicia”, en visualización de San Pedro (2Pe. 3, 13) y del Apocalipsis (Apoc. 21, 1).

Queda, sin embargo, pendiente otro interrogante: -¿Por qué Dios hace esperar tanto tiempo lo que todos anhelamos, no sólo los que vivan en los últimos tiempos, sino los que han vivido y sufrido en todos los siglos?

b) Las Promesas de Dios desde la perspectiva de la Alianza.- Toda la Palabra Bíblica gira en torno a un eje: La Alianza. Es la Alianza -la Antigua y la Nueva- la que ha dado el nombre a las dos grandes partes del Mensaje Bíblico: Antiguo y Nuevo Testamento. Y por lo mismo todo el Mensaje bíblico debe ser leído desde la perspectiva de la Alianza. Significa que cuanto Dios promete es siempre, en algún modo, condicional: -“Si guardáis mi Alianza”, “si guardáis mis mandamientos” (=Estatutos de la Alianza)...: “Si hubieras atendido a mis mandamientos sería tu paz como un río, tu justicia como las olas del mar; tu progenie sería como arena; como sus granos los vástagos de tus entrañas; tu nombre no sería aniquilado ni destruido ante Mí”.- Is. 48, 18-19.

c) Propuesta de Dios y Respuesta del Hombre.- Las Promesas de Dios son la “Propuesta de Dios”, como parte de la Alianza. Una Propuesta que exige la “Respuesta” del hombre a los compromisos asumidos en la misma. En momentos críticos, cuando al pueblo todo le va mal, cuando terminan oprimidos y esclavizados, cuando son víctimas de desastres, los profetas se encargan de recordar que todo es consecuencia de la infidelidad a la Alianza.

Las promesas de Dios son propuesta, vocación y llamada:

= **Son propuesta:** Dios propone, pero no impone. El hombre ha de asumir activa y responsablemente la propuesta.

= **Son vocación:** Dios otorga el don, la gracia, las posibilidades. El hombre ha de activarlas.

= **Son llamada:** Dios invita, pero el hombre ha de dar su aceptación y respuesta comprometida.

d) El hombre capaz de frustrar toda esperanza.- En virtud de la Alianza, podríamos decir que el hombre tiene el poder de frustrar las promesas de Dios. Dios ofrece fielmente su parte; pero el hombre es libre para aceptarla o rechazarla; de poner su parte o no darse por enterado. No cabe la esperanza pasiva de quien espera que “Dios lo hará”. Sino la esperanza activa que proclama con los Cursillistas: “Dios y yo, mayoría aplastante”.

Pareciera, en consecuencia, que el cumplimiento de las Promesas de Dios, y por lo mismo los fundamentos de la esperanza, dependen sólo del hombre, pues siempre él es el que falla, no Dios. Pero esto sólo es verdad en parte: En lo que se refiere a la vida personal y a nuestros proyectos o modelos concretos de vida:

= Son muchas las vidas personales que se malogran, a pesar de Dios.

= Son muchas las sociedades, pueblos o naciones que se han derrumbado por deterioro de los altos valores espirituales y morales, que llamamos evangélicos.

= Son muchas las Congregaciones religiosas que se extinguieron por falta de vitalidad espiritual.

No es tan cierto en lo que se refiere al Proyecto Creador y Redentor de Dios. Creemos que el Espíritu de Dios, que conduce la Historia, sabe “reciclar” todas las cosas, también nuestras resistencias, infidelidades y pecados, en orden a la consumación final de la Obra de Dios. Creemos que Dios, Autor del Proyecto Humano y Creador, no puede fracasar, pese a la falta de respuesta de los seres humanos. Y por ello, “esperamos -con fe firme- unos nuevos cielos y una nueva tierra, en que habite la justicia”. Sí podemos estar seguros que el retraso de la realización de la utopía, no se debe a la lentitud de la acción de Dios, sino a las resistencias que interponemos los seres humanos.

***Religiosidad: Pliego de peticiones y pliego de ofertas.**

3.- EL HOMBRE, ALIADO DE DIOS

a) Fundamentos de nuestra esperanza.- Decimos -y decimos bien- que nuestra esperanza es Dios. Sin embargo, es Dios mismo el que nos deja en claro que no todo depende de El: “Yo pongo ante ti vida y muerte; bendición y maldición. Escoge la vida para que vivas tú y tu descendencia, amando a Yavé, escuchando su voz, uniéndote a El” (Dt. 30, 19-20). De modo que mientras afirmamos que “todo depende de Dios”, Dios parece advertirnos: “Todo depende de ti”. Dos afirmaciones igualmente válidas, a condición de entender que, en la realización de nuestras esperanzas, Dios es la “Invariable determinante”, porque es fiel y nunca nos falla; y el hombre es la “variable determinante”, porque en sus manos está el aceptar o rechazar, secundar o malograr la propuesta de Dios.

b) ¿Grandeza o pequeñez del hombre?.- Una de las tendencias frecuentes más fuertes de la vivencia religiosa es enfatizar la propia pequeñez, debilidad e impotencia, para acentuar la grandeza y poder de Dios: -“Yo, Señor, no soy nada; Tú lo eres todo”. Tendencia que resulta paradójica, pues en la experiencia humana, cuando queremos exaltar a un autor, ensalzamos sus obras. Somos obra de Dios, y la mística de la autodisminución ante Dios, no hace honor en realidad a nuestro Hacedor. Por eso San Pablo, frente a la mística del “Yo nada puedo”, prefirió la mística del “Todo lo puedo en Aquel que es mi fuerza”.

c) La antinomia humana.- En realidad ambas místicas tienen su fundamento. Hecho a imagen y semejanza de su Creador, el ser humano es, en algún modo “**capax Dei**”; capaz de Dios. Participa de la inteligencia, libertad, creatividad y amor de Dios; tiene posibilidades insospechadas y su aspiración no tiene límites. Pero arrastra inexorablemente su condición de *creaturidad*: No lleva en sí el Ser en Plenitud, sino el ser por participación; no es “fuente”, sino “arroyo”, lo que le impone las limitaciones propias de su ineludible dependencia. Significa que Dios, el Ser en Plenitud, sin el hombre lo es Todo; el hombre sin Dios, su Creador, es nada. De ahí que el hombre haya oscilado históricamente entre el endiosamiento y el desvalimiento. Llamado a “*Ser como Dios*”, en alianza con El, corre el riesgo de estrellarse si reclama una autonomía “*sin Dios*”, que no posee. De igual manera, está llamado a la libertad, pero ésta queda limitada a ciertos cauces, porque el ser humano es necesaria dependencia, tanto respecto de su Creador como respecto de los demás seres humanos.

De ahí que el ser humano lleva en sí mismo la antinomia de la grandeza y de la pequeñez, que ha dejado en evidencia toda la historia humana. Una grandeza que toca las esferas de lo divino, y una pequeñez que le ha ubicado con frecuencia por debajo de la animalidad. En todo caso, elevarse o rebajarse constituye una de las opciones libres de todo ser humano.

d) La llamada a la Alianza.- Dios, sin embargo, no quiso hacer del hombre un simple receptor pasivo de sus dones. De algún modo, quiso ponerlo en su mismo plano y a su mismo nivel, al llamarle a una alianza con El, en orden a llevar a plenitud su obra creadora y la historia humana misma. Hoy diríamos, quiso hacerle su “socio”, que lo convierte en “creador” junto con El. Y hoy entendemos muy bien lo que ello implica: En todo grupo de asociados, ningún socio hace nada sin contar con los demás.

La Alianza deja en claro, en consecuencia, que Dios no hará nada sin la colaboración de sus socios; y que el hombre no va a lograr nada, si no es en unión con Dios. San Agustín los expresó genialmente con una sola frase: “Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti”. Por extensión, el individuo humano encuentra su fuerza en su alianza con Dios; y su grandeza no está en su autonomía solitaria, sino en la COMUNIÓN con los demás seres humanos, y todos ellos en Alianza con el Creador.

e) Teología de las mediaciones.- Consecuencia de la Alianza es la teología de las mediaciones: No entra en la economía normal de Dios, su intervención directa en la historia humana, sino a través de la mediación del hombre mismo. La acción “ad extra” de Dios se realiza en el Espíritu. Y el Espíritu no tiene manos, pies, y boca; utiliza los nuestros para su acción en el mundo. Cristo, que puso la clave de la continuidad de su misión en el Espíritu que trasmirió, no deja de advertir a sus seguidores que, en adelante, sean ellos los que vayan por el mundo y evangelicen; los que se conviertan en luz, sal y fermento de la transformación del mundo. Y, por lo mismo, “quien a vosotros oye, a Mi me oye”.

Cristo invita así a dar el paso de la “religiosidad filial”, que todo lo espera pasivamente del Padre, a la “religiosidad adulta de compromiso”, que implica secundar las llamadas e impulsos del Espíritu.

Anécdotas.- 1.- ¡YO CONFÍO EN DIOS!.- cfr. Plegarias y Parábolas, n° 33.

2.- ¡AYÚDATE, QUE YO TE AYUDARÉ!, cfr. Plegarias, n° 31.

4.- LOS FUNDAMENTOS DE NUESTRA ESPERANZA

a) Fe en Dios y fe en el Don de Dios.- Nuestra Fe es la base de nuestra Esperanza. Pero muy frecuentemente nuestra fe, si no débil, sí es “manca”: No dudamos que Dios todo lo puede y además ama a la Humanidad, y quiere lo mejor para ella. Pero ante las preguntas: -¿Por qué Dios permite tanta maldad y sufrimiento en el mundo,y no actúa? ¿Por qué deja que vayamos de mal en peor y no interviene?, los piadosos optan por respetar el misterio y pensar que Dios sabe lo que hace; y muchos de los no tan piadosos terminan decepcionados de Dios.

Nuestra fe muchas veces es “manca”, porque aun teniendo una firme fe en Dios, es débil o nula nuestra “Fe en el Don de Dios”, que Dios mismo ha puesto en nosotros, y nos capacita para actuar, con la segura esperanza de que con El, lo conseguiremos: Todo lo podemos en Aquel que es nuestra Fuerza.

La verdadera fe en Dios nunca puede llevarnos a una minusvaloración de nosotros mismos, y menos a derrotismos o complejos de inferioridad. La actitud correcta de Fe es la que se expresa con la frase: “Pongamos cuanto está de nuestra parte, y dejemos hacer a Dios”. Y entonces podemos abrigar la firme esperanza de que todo irá a mejor.

b) La esperanza en medio de la crisis.- La esperanza se hace difícil cuando todo se vuelve oscuro o parece derrumbarse, y por ello, no se ven por el momento caminos de salida. Pero toda salida de un lugar implica siempre la entrada en otro lugar. Y es la oscuridad que envuelve a ese “otro lugar” lo que produce crisis. Esto es particularmente significativo cuando se trata de los Caminos de Dios, o Caminos del Espíritu: No acertamos a visualizar adónde y por dónde quiere llevarnos el Espíritu, y se nubla nuestra esperanza. Es el momento de confiar en que, si nos mantenemos “aliados de Dios”, el Espíritu nos reservará sus sorpresas. Y es esta confianza la que marca la diferencia entre la “crisis de crecimiento” y la “crisis de derrumbamiento”.

***Anécdota: El Náufrago. Cfr. Anécdotas Ejemplares, I, 55.**

c) La crisis de la Vida Religiosa y nuestra esperanza.- Hoy damos por supuesto que la Vida Religiosa se encuentra en refermentación. Sabemos más o menos identificar lo que no va y tiene que cambiar, pero andamos a tientas a la hora de precisar el rumbo de los cambios. La Vida Religiosa está viviendo un “Exodo”, pero desconocemos la “Tierra Prometida”. Sólo nos queda garantizar nuestra actitud de escucha a las llamadas del Espíritu y nuestra disposición de respuesta fiel a las mismas. Queda entonces bien fundamentada nuestra ESPERANZA.

5.- ORACIÓN Y ACCIÓN, UN DILEMA MUY AGUSTINIANO

La tensión entre oración y acción, liturgia y vida, contemplación y compromiso es uno de los temas más ricos e iluminadores de la espiritualidad agustiniana. La espiritualidad benedictina lo expresó con el lema: “*A Dios rogando y con el mazo dando*”.

Orar es hablar con Dios, pero no se habla con el Señor sólo con la boca, sino sobre todo con el corazón y con el deseo, dirá San Agustín (cfr. In ps.. 85,7; In ps.30,2; In ps..37,14). Es imposible estar "rezando" todo el día, pero sí se puede estar **orando** : con el deseo del corazón y con las buenas obras, "si nunca dejamos de vivir bien, alabamos a Dios incesantemente" (In ps. 148, 2).

Ninguna dicotomía, pues, entre oración y vida. "*No, no, no basta rezar. Hacen falta muchas cosas para construir la paz*", cantamos en muchos lugares de América Latina : un mensaje plenamente agustiniano y que nos impulsa a la esperanza activa. *La oración que no lleva a la acción es una mentira*, llega a afirmar tajantemente nuestra Ratio Institutionis (n.50). Debemos orar y actuar, orar con los hechos, no caer en la trampa de la esperanza pasiva y alienante, como si se tratara solamente de esperar a que Dios actúe para resolver los problemas, evangelizar el mundo, renovar la Iglesia y la Orden, mejorar nuestra comunidad y nuestra vida. ¡Esa es nuestra tarea! San Agustín lo expresará con la **metáfora del tímpano y el salterio**: "*¿Por qué dice el salmista: tomad en la mano el tímpano y el salterio? La razón es que no sólo la lengua debe alabar, sino también las obras...Lo mismo vale para Ustedes. Cuando cantan 'Aleluya' deben dar pan al hambriento, vestir al desnudo, dar posada al extranjero. Al hacer esto no solamente canta la voz, sino que también sus manos estarán en armonía con la voz de ustedes, en la medida en que las obras estén de acuerdo con las palabras* (In ps. 149,8). Es decir, entonces la oración y la liturgia no serán alienantes, e impulsarán a la esperanza activa.

Y no por ser de sobra conocidas podemos dejar de recordar aquí las enseñanzas de Agustín sobre el necesario equilibrio entre contemplación y acción: "*Nadie debe estar tan embebido en las cosas de Dios que se olvide de las cosas de los hombres, sus hermanos; ni tan inmerso en las cosas de los hombres que se olvide de las cosas de Dios...El amor a la verdad requiere un ocio santo; la exigencia del amor obliga a aceptar un trabajo justo*"(C. de Dios, 19,19).

Para la reflexión

Si nuestra esperanza es activa y auténtica, ¿a qué nos comprometen las siguientes afirmaciones?

- yo espero un mundo mejor, más fraterno, más humano
- yo espero que América Latina tenga un futuro mejor
- yo espero que la Iglesia se renueve y sea más evangélica
- yo espero la revitalización de la Orden en América Latina
- yo espero que mi comunidad sea más fiel al carisma agustiniano

Metodología: a) reflexión personal, anotando cada uno dos o tres compromisos concretos en relación a cada pregunta
b) compartir en grupo
c) escribir una oración/mensaje: El compromiso de nuestra esperanza hoy

IV.- CRISTO, NUESTRA ESPERANZA.

<p>1.- Para los Católicos y para los Religiosos, “Cristo es nuestra Esperanza”. ¿Cómo se traduce esta convicción en nuestra vida real de cada día, de modo que sea perceptible para cuantos nos observan?</p> <p>2.- San Pablo afirma que “Si nuestra esperanza en Cristo es sólo para esta vida, somos los más infelices de los hombres” (1Cor. 15,19). Pero ¿qué decir si nuestra esperanza es sólo en el cielo y en la vida eterna?</p> <p>3.- ¿Qué me falta para que mi vida (y nuestra vida) trasluciera verdaderamente ante los demás que nuestra Esperanza es Cristo? ¿Cuáles habrían de ser los frutos de la esperanza?</p>

La fe cristiana, y más radicalmente la fe de la Vida Consagrada, no se fundamenta en unas verdades abstractas, o en una ideología. Es una <Vida>: Cristo. De esa fe y de esa vida somos <objetos>, pero no <autores>. El autor es el Espíritu de Cristo, conductor de la Historia y sus acontecimientos en orden a la meta final.

Cuando decimos que Cristo es nuestra Esperanza, entendemos que es El, por la acción de su Espíritu, quien todo lo reordena hacia el <punto Omega>, que define la culminación del Proyecto humano y salvador de Dios. Pero también aquí es necesario entender que Cristo es “Propuesta”, es “Oferta”, y los humanos permanecemos libres para optar por subirnos al tren de su Espíritu, o apearnos de El, y emprender nuestro propio rumbo.

Cristo es nuestra Esperanza en varios sentidos:

1.- CRISTO, COMO REVELADOR TRANSPARENTE DEL PROYECTO HUMANO DE DIOS

a) Respuesta cabal a las aspiraciones e interrogantes más profundos del hombre.- En lo más profundo de nuestro ser todos los humanos buscamos lo mismo: un sentido pleno a nuestra existencia, una vida verdadera, unificada y feliz. En sentido negativo, todos buscamos respuestas a la evidente contradicción humana:

- = Los seres humanos saben que están hechos para amar, pero se rigen por el egoísmo, la insolidaridad, la división y el enfrentamiento.
- = Quieren la paz, pero preparan de continuo la guerra.
- = Son celosos de la verdad, pero entretejen la vida de engaño y mentira.
- = Sueñan con el “paraíso”, pero hacen de la vida humana un “infierno”.
- = Se aferran a la vida, pero se ven acosados de la experiencia de muerte.

Cristo es la revelación transparente, no sólo de Dios, sino del hombre mismo: Lo que está llamado a ser, y capacitado para ser, dónde y por qué se traiciona a sí mismo, y cuál es el camino para reencontrarse. Cristo es “el camino, la verdad y la vida”.

En su itinerario humano, Cristo nos fue legando la fuerza salvadora de su Persona:

- = La fuerza salvadora de su encarnación.
- = La fuerza salvadora de su mensaje.
- = La fuerza salvadora de su muerte >(kénosis).
- = La fuerza salvadora de su resurrección.
- = La fuerza salvadora de su espíritu.

Son otras tantas claves de esperanza para encontrar nosotros respuestas a los interrogantes que nos preocupan.

b) El “Hombre Nuevo”, constructor de la “Nueva Humanidad”, que todos anhelamos.- El saldo final de más de tres mil años de historia, y en ella de constantes ensayos y cambios de cosas y sistemas por el logro de una humanidad verdaderamente “humana”, no parece muy optimista: Hasta los infantes visualizan que la sociedad humana actual, a la vista de tantas inhumanidades, tiene aún muy poco de “sociedad”, y menos todavía de “humana”.

Después de tan milenaria experiencia histórica de que cada nueva solución al problema humano, en base a cambios de cosas, leyes y sistemas, termina descubriéndose un espejismo, abrigamos la secreta convicción de que con el tipo de seres humanos que somos no hay solución posible: Nada se consigue con “reformas”; se necesita una “trasmutación” (la ciencia dice “mutación genética”), que dé lugar a un “hombre nuevo”.

Cristo lo expresó más certeramente diciendo que “es necesario nacer de nuevo”: Ya no sólo de “la carne” (el “hombre exterior”, para Pablo y Agustín), sino “del espíritu” (el “hombre interior” paulino y agustiniano).

Cristo fue por delante, inaugurando en Sí mismo, ese “hombre nuevo”, movido por el Espíritu -el de Dios-. Cristo es nuestra Esperanza.

c) Alfa y Omega de la historia humana.- El “de dónde vengo y hacia dónde voy”, es uno de los interrogantes trascendentales del ser humano. La historia humana ha evolucionado dando tumbos, porque ni ha tenido claro el punto de partida ni la meta. Simplemente va -o está-, sin saber a punto fijo hacia dónde ha de dirigirse. Uno de los tópicos de nuestra sociedad actual es la crisis de objetivos; decimos más bien el “inmediatismo”: No interesa ni el pasado, ni el futuro, sino lo inmediato que, por ser circunstancial, es siempre relativo. Tal mentalidad habrá de conducir a la historia humana a callejones sin salida. Hay tantos objetivos, divergentes entre sí, como personas; y el resultado habrá de ser el caos.

Cristo nos dejó en claro, en Sí mismo, tanto el punto de partida (“venido de Dios”), como la meta (la plenitud en Dios), que vale tanto como la “divinización” del hombre, nacido a imagen y semejanza de Dios, y del Reino de Dios, plenamente realizado en la historia. El “seréis como dioses” es el mismo tiempo tentación (ser como Dios sin Dios), y vocación y destino del hombre (ser como Dios en Dios). Cristo es nuestra Esperanza.

Anécdota: María Francisca.

2.- CRISTO, COMO PORTADOR Y TRASMISOR DE UN ESPÍRITU: EL DE DIOS

a) Revelador del Espíritu, por y con el que fuimos creados.- Cristo, nos dice la Teología, vino a restaurar la “naturaleza caída”. Es decir el origen del hombre, o el hombre original. Y el hombre se originó del espíritu -el de Dios-: “Yavé ...sopló en él aliento (“spiritus”) de vida y existió el hombre con aliento (“spiritus”) y vida” (Gen. 2,7).

El drama del hombre, hecho carne y espíritu, al que apunta su “pecado original”, es el desfase entre el superdesarrollo de su carne (para San Pablo y San Agustín, su exterioridad, cuerpo y mente), y el subdesarrollo del espíritu (consciencia, sensibilidad, amor). Este desfase resultará cada vez más peligroso, porque el progreso externo del hombre quedará siempre al servicio de la inconsciencia, la insensibilidad y el desamor.

Toda la vida y el mensaje de Cristo discurren en clave del espíritu, y sólo desde el espíritu adquieren su pleno significado. Corremos siempre el riesgo, sin embargo, de leer el Evangelio en clave de carne, de exterioridad, y entonces “carnalizamos” aun las cosas del espíritu.

b) Instaurador y dinamizador de los más altos valores.- La pretensión central de Jesús es instaurar el “Reino de Dios” entre los hombres. Que vale tanto como instaurar el “Reino de la verdad y de la vida, de la santidad y la gracia, de la justicia, el amor y la paz”. Un reino, por lo demás, que “entre, o dentro, de vosotros está”, como potencial dinámico del espíritu con que fuimos creados. Cristo no vino a apremiarnos a ser otra cosa, sino a ser plenamente nosotros mismos, superando nuestras contradicciones.

Nuestra sociedad humana seguirá siendo una contradicción mientras hayamos de seguir confesando que nos encontramos en una alarmante “crisis de valores”: de aquellos que “humanizan” al hombre y a la vida humana: los altos valores del espíritu.

Y Cristo es la clave de estos valores. Cristo es nuestra Esperanza.

3.- CRISTO COMO PRESENTE Y ACTUANTE EN LA HISTORIA HUMANA

a) Somos protagonistas, pero no autores de nuestra historia.- Es parte nuclear de nuestra fe que el Señor Resucitado no es ya un simple personaje del pasado, sino Alguien viviente y actuante en la historia humana. Es Él el “Señor de la Historia”, en la que, por la acción secreta de su Espíritu, reordena todas las cosas -positividades y negatividades- para el bien de los que lo aman (cfr. Rom.8,28). Y para éstos, hará de todas maneras de la historia humana, “historia de salvación”.

Podemos, en consecuencia, acogernos en este sentido, a la psicología del subordinado: -“ El jefe sabe lo que hace!”. Pero somos “protagonistas”. Y como tales estamos llamados a “recrear históricamente la conducta de Jesús”: No “hacer” lo que hizo Jesús (imitación), sino lo que Él haría en nuestra circunstancia (seguimiento). Lo que implica tres dimensiones inseparables: 1ª) Dedicación total a la instauración del Reino; 2ª) Compromiso por rehabilitar a los excluidos; 3ª) Intimidación con el Padre. Nos toca la responsabilidad y el compromiso en la construcción del Reino de Dios; pero no la angustia por lo que sucederá mañana (cfr. Lc.12, 22ss: “No os preocupéis por...; vuestro Padre celestial sabe...”).

b) Nos corresponde el compromiso, pero no la conducción del acontecer humano.- Es cierto que podemos y debemos influir, hasta cierto punto, en quienes manejan los hilos de la historia y deciden el rumbo de las sociedades. Pero a fin de cuentas, la orientación del acontecer humano nos desborda. El realismo de lo que ES se nos impone, al margen de nuestra utopía de lo que “debería ser”. Y esto es así, tanto cuando se trata de la Sociedad Humana y de las sociedades, como cuando se trata de nosotros mismos personalmente.

El binomio “realidad-utopía”, nos obliga a ser buenos “recicladores” de negatividades (como se hace hoy con la basura), para sacar de ellas positividades. Es el milagro para el que nos capacita el Espíritu de Cristo.

4.- ESPERANZA E ITINERARIO CRISTIANOS

Cristo marcó, en su propia vida, el itinerario humano en tres fases:

= Encarnación: Todos, como Cristo, pretendemos encarnar, en algún modo, lo divino en lo humano; lo ideal en lo real; lo más alto en lo más bajo.

= Kénosis: Pero el camino es árduo. Implica dificultades, problemas, contradicciones, titubeos, fracasos, frustraciones, experiencias de muerte. En definitiva, crisis. Y las crisis, lo sabemos, pueden ser de derrumbamiento o de crecimiento. Depende de nuestra actitud ante las mismas.

= Resurrección: La eterna tentación del ser humano es pretender saltar directamente de la primera fase a la tercera: de la concepción de un ideal a su realización inmediata. En la vida de Jesús de Nazaret, de algo más de una treintena de años, la encarnación duró un instante; la resurrección tuvo lugar como un milagro; todo el resto de su vida es fundamentalmente kénosis: anonadamiento, ocultamiento, resistencias, incomprensiones, contradicción, rechazo, y por fin condenación y muerte.

La esperanza es la virtud de “saber esperar”. *Vivir es tener que esperar, y esperar es vivir en la dirección de lo esperado.* Y afrontar los desafíos con actitud serena y con mirada atenta para detectar por dónde el Espíritu impulsa la vida. En el fondo todos somos demasiado inmediatistas: Lo que queremos lo queremos “YA”. Y esto es saludable a condición de que, cuando el YA se nos aleja, a pesar nuestro, no desesperemos. En la tarde del viernes santo y durante el sábado santo, muchos creyentes concluyeron que nada había ya que esperar. Y en la historia humana se ha repetido de continuo el itinerario de Cristo: Todo logro de importancia ha estado precedido, las más de las veces, de algún modo de “viernes santo”. Y multitud de posibles logros jamás llegaron a serlo, porque la esperanza se quebró.

En todo caso, la virtud del “saber esperar” puede tener por reverso el “no apurarse”; es decir, esperar pero sentados, que es más cómodo. San Agustín sale al paso con una de sus geniales síntesis:

*-“Confía en Dios como si todo dependiera de El;
actúa como si todo dependiera de ti”.*

5.-CRISTO ESPERANZA DE LOS CRUCIFICADOS

a) El “escándalo de la cruz” (cfr. 1Cor.1,23).- La cruz siempre nos ha resultado escandalosa, en cualquiera de sus formas: Desamor, incomprensión, injusticia, esclavitud, menosprecio, rechazo, marginación, humillación, contradicción, fracaso, enfermedad, muerte. Y toda cruz nos aboca fácilmente al sin sentido, al sentimiento de lo absurdo, a la experiencia de maldición, y por ello a la desesperanza.

No nos resulta fácil bendecir nuestras cruces personales o institucionales. Pero es sobre todo complicado bendecir la cruz de los grandes crucificados de nuestra sociedad: Los crucificados de América Latina, los crucificados del llamado tercer mundo y los crucificados, en general de toda sociedad humana, esto es, los marginados por cualquier causa y desechados en las grandes ciudades, las víctimas de los sistemas y condenados a muerte social o física. No es fácil bendecir lo que los afectados anhelan y tienen derecho a sacudir.

b) La resurrección de Jesús es esperanza en primer lugar para los crucificados.- Dios resucitó a un crucificado, y desde entonces hay esperanza para los crucificados de la historia. A la luz de lo ocurrido en la mañana del Domingo de Resurrección, entendemos que hay motivo para bendecir lo ocurrido en el viernes santo. Desde entonces, toda cruz o crucifixión conlleva una esperanza: En las experiencias de fracaso, problemas y conflictos, oscuridad, inseguridad, disminución y crisis, puede estarse fraguando una vida nueva insospechada. El Espíritu de Cristo hace el milagro.

Anécdota:

V.- LA ESPERANZA CRISTIANA EN LA ESPIRITUALIDAD DE SAN AGUSTÍN.

1-	¿QUÉ RELACIONES PARA MEDITAR Virtudes llamadas “teologales”: Fe-Esperanza-Caridad”?
2-	¿Qué relación ve usted entre las virtudes teologales y las llamadas “cardinales” (virtudes-quicio): Prudencia, Justicia, Fortaleza, Templanza?
3-	¿Por qué hemos incluido en la espiritualidad cristiana cuatro virtudes que llamamos cardinales: quicio, pivote, gozne, eje, clavo de amarre, siendo virtudes humanas?
4-	¿Es sólo lo humano lo que queda “desquiciado” sin las virtudes-quicio, o también quedan sin éstas desquiciadas las virtudes teologales?

El tema de la esperanza es recurrente en las obras de San Agustín. Pero, en su dimensión personal, es abordado expresamente en su “Manual de la fe, la esperanza y la Caridad”, Enquiridion, año 421. La Ciudad de Dios, en cambio, aborda el tema más bien en su dimensión histórica.

A.- DIMENSIÓN PERSONAL

1.- LA ESPERANZA EN LA TRINIDAD DE LAS VIRTUDES TEOLOGALES

a) Tres virtudes que se implican entre sí.- Un aspecto particularmente original de San Agustín es el de abordar el tema de la esperanza en la globalidad de las tres virtudes teologales: Fe-Esperanza-Caridad. En efecto, se implican de tal modo que una de ellas no adquiere su pleno significado y valor sino en su relación con las otras dos: “No *hay amor sin esperanza, ni esperanza sin amor, ni esperanza y caridad sin fe*” (Enquiridion 8, 2).

= La esperanza se apoya, en primer lugar, en la fe: Fe en que el don de Dios no nos faltará; en que Dios suplirá lo que nuestros esfuerzos no alcanzan; en que en la prosecución de los grandes objetivos no estamos solos, porque el Espíritu de Dios anda de por medio. Y en este sentido, el derrotismo, el pesimismo, el negativismo, el desánimo, son los corruptores de toda esperanza: “*De esta confesión da la fe... nace la esperanza buena de los fieles, a la que acompaña la santa caridad*” (Enquiridion 114, 30). “*Por la fe subsisten en nosotros lo bienes que esperamos y son objeto de amor*” (Ibid. 8,2).

= La esperanza por lo demás se eleva, se manifiesta y se alimenta en el amor.- “*La fe-esperanza implica la entrega total del hombre a Dios y a los hermanos; es decir, la Caridad. Confiar en Dios significa amarlo. Ahora bien, el amor no se realiza, no es auténtico sino en las obras*” (G.Piana, Nuevo Diccionario de Espiritualidad). De este modo, las funciones de las tres virtudes teologales se entrelazan: La fe despierta, la esperanza impulsa y eleva, la caridad une: “*Oh Dios, a quien nos despierta la fe, levanta la esperanza y une la caridad*” (Sol. I,1,3).

= La fe y el amor apuntan a bienes pasados, presentes o futuros; la esperanza apunta a bienes o metas aún no logrados.- “*Porque tenemos la esperanza, afirma Agustín, puesta en las cosas futuras y suspiramos por la felicidad que ha de venir, y no aparece aún lo que seremos; aun cuando ya somos hijos de Dios nos vemos cubiertos de burla y desprecios de parte de los que buscan o tienen su felicidad en este mundo*” (In ps. 122,8).

b) Esperanzas humanas y esperanza cristiana.- También muchas de las esperanzas humanas son objeto de la esperanza cristiana, para San Agustín, pues hay esperanzas naturales buenas y necesarias: “*Vemos ahora que los hombres esperan muchas cosas terrenas, hasta la muerte hay siempre un aliento de esperanza; esperanza en los niños para que crezcan, para que se instruyan, para que se formen en la cultura; esperanza en los adolescentes para casarse y formar familia; esperanza en los padres para educar, para alimentar, hacer hombre a los que acariciaban cuando eran párvulos; con esto os estoy recordando la vida de la esperanza humana, que es la más común, excusable y trillada. Pero hay también otras muchas esperanzas vulgares que no merecen alabanza*” (Sermón 22, 2, 134).

Pero la esperanza cristiana es diferente, y distingue a los cristianos de todos los demás que no lo son. La esperanza cristiana recae, ante todo, en la Meta final. Es escatológica. Se enmarca en el concepto de la vida como “peregrinación”: La vida cristiana es esperanza, mirada y peregrinación hacia delante, hacia las promesas del reinado glorioso de Cristo. Pero, como peregrinación, es al mismo tiempo profundo gemido por la distancia de las cosas que esperamos y vislumbramos en la luz de la resurrección del Señor.

Significa, no que sean malos los bienes y logros del camino, sino que éstos mismos pierden sentido si no se alcanza el objetivo final ultraterreno. *“Aprende y retened, dice Agustín, cuál es la esperanza de los cristianos, por qué somos cristianos. No lo somos para buscar una felicidad terrenal, que no falta muchas veces a los ladrones y criminales. Somos cristianos para una felicidad que culminará cuando haya pasado totalmente la vida presente”* (In ps. I. 62, 2).

Es éste ciertamente un lenguaje con frecuencia no debidamente comprendido a lo largo de la historia. Ya San Agustín hubo de defenderse, en sus sermones, de la vieja acusación de **alienación de los cristianos**: En vez de centrar su esperanza e interés en el mejoramiento de la vida presente, ponen sus sueños y esperanzas en el cielo, en el más allá de la historia humana. Más recientemente, Marx y el comunismo calificaron, por ello, a la Religión, de “opio del pueblo”.

En realidad, a la luz del Evangelio y del mismo San Agustín, tan lejos se encuentra de la esperanza cristiana el que descuida el presente como el que pierde de vista la Meta trascendente. La esperanza cristiana es **siembra en el presente de la cosecha futura**. Para Agustín *“la vida de la vida mortal es la esperanza de la vida inmortal”* (In ps. 103, 17).

2.- CRISTO, NUESTRA ESPERANZA

a) Cristo, Camino de esperanza.- Agustín fundamenta la esperanza cristiana en su visión del **Cuerpo Místico, o Cristo Total**: El Itinerario recorrido por Cristo- Cabeza, define el itinerario y meta de todos sus miembros.

Cristo es nuestra esperanza, porque en su itinerario humano **-Encarnación-Kénosis-Resurrección-** se hizo patente el itinerario de la Humanidad y de cada ser humano en particular, según el Plan de Dios: Su pretensión de encarnar lo más elevado en lo más profano, lo divino en lo humano, precisó de un largo camino de anonadamiento, humillación y muerte, hasta alcanzar la Resurrección: *“No desespere porque dije: Yo soy el que soy. Yo he bajado hasta ti porque tú no puedes venir a mí”* (In ps. 121, 5).

Cristo se hizo nuestra esperanza como **ejemplar**, como razón de ser y fundamento, como causa de nuestra justicia y de nuestra resurrección. *Y en este sentido, la afirmación “Cristo es mi esperanza”, se parece más a la del escalador que afirma: “El Everest es mi esperanza”, que la del novio que afirma: “Mi esperanza es la riqueza de mi futuro suegro. Agustín afirma: “Así Cristo se hizo nuestra esperanza. En él contemplas tus trabajos y tu recompensa; los trabajos, en la pasión; la recompensa, en la resurrección. Pues tenemos dos vidas: una es la que vivimos aquí, otra la que esperamos. La que vivimos, ya nos es conocida; la que esperamos nos es desconocida. Sufre ésta para que consigas la otra. Con sus trabajos, tentaciones, pasiones y muertes te mostró Cristo lo que es esta vida; con su resurrección te mostró la que tendrás... Por eso se hizo esperanza nuestra en los trabajos y tentaciones”* (In ps. 60, 4). *“Lo que en El se hizo el tercer día, se hará en nosotros al final del mundo. Queda aplazada la esperanza de nuestra resurrección, pero no suprimida”* (In ps. 148, sermón 2, 1).

. El Cristo total exige la glorificación de sus miembros. Sobre todo en los comentarios a los Salmos, esta doctrina se formula muchas veces:

3. ACTITUDES CONTRARIAS A LA ESPERANZA

Dos enemigos acechan, para San Agustín, la esperanza cristiana: La presunción y la desesperación. Son los dos abismos en medio de los cuales el hombre, o espera en las cosas donde no debe tener su confianza de salvación, o desespera de lograrlo por ninguna vía.

a) Presunción.- O su sinónimo la “**autosuficiencia**”, que malogra las mejores esperanzas humanas. Tiene dos vertientes: La del *“yo me basto a mí mismo sin necesidad de Dios”*, y la del *“yo me basto a mí mismo sin necesidad de los demás”*.

Según San Agustín hay una presunción del género humano que, al margen de Dios, pone su confianza en las cosas humanas, en la justicia propia, en la propia sabiduría o habilidad, en la valía de los amigos, en las riquezas.

La presunción fue la tragedia del Judaísmo: La presunción en la propia justicia, basada en la moralidad de la ley estrictamente, es el reproche más grave que presenta el Evangelio contra la moral de los fariseos. Se tenían por fuertes, por autosuficientes para cumplir toda justicia y toda ley, como los poderosos de este mundo que confían en una moral ad hoc, pretendiendo descargar su conciencia con buenas obras: *“Esta fortaleza les impidió a los judíos entrar por el ojo de la aguja. Presumiendo de justos y teniéndose por santos, rechazaron la medicina y quitaron de medio al Médico”* (In ps. 58,7).

Dos ejemplos históricos cita Agustín:

= Los **Pelagianos**, que cambiaron el “sperare in Deo por el sperare in homine”, defendiendo la capacidad del libre albedrío de toda justicia y perfección.

= Los **Donatistas**, quienes pretendían hacer depender la santidad de la pureza personal o santidad de los ministros. Presumían de su fuerza y se gloriaban de su justicia”. Por ejemplo, al bautizar, ignorando la justicia de Dio y poniendo la suya delante, decían: “yo soy el que justifico, ya santifico a las almas”. Los méritos de los ministros eran el fundamento de toda esperanza; si el ministro era bueno, tenía suerte el que recibía el bautismo; si era malo, no podía darlo que no tenía, y el bautizado no recibía el perdón de los pecados y la gracia de hacerse nueva criatura.

La Teología actual, si n embargo, ha matizado mucho estas formulaciones, con frecuencias ambiguas y confusas. La teología tradicional, también la agustiniana, contrapuso exageradamente “naturaleza y gracia”, (“lo natural y lo sobrenatural”), con un marcado menosprecio de la primera, que promovió unas religiosidades de minusvaloración y autodesprecio, de condenación sistemática del mundo secular y de desinterés por las realidades temporales. Por otra parte, pareció dar por sentado que Dios creó al hombre totalmente desvalido y desequipado en sí mismo, reservándose la administración discrecional de su gracia sólo a quienes y cuando se lo pidan con fe. Lo que contaba, entonces, era la “fe-en-Dios”.

La teología actual, más centrada en el hombre, como “lugar teológico” de la presencia y acción de Dios, pone más bien el acento en el “Don de Dios”, en los dones, capacidades y posibilidades de que Dios ha equipado al ser humano, que también son “gracia”, pues son gratuitos. Supone la visualización de Dios, no como Alguien aparte de-, o por encima de- el hombre, sino como Alguien “dentro de-”, “más interior a mí mismo que yo mismo”, y por ello constituye mi máxima potencialidad. San Pablo, por ello, contrapuso a la espiritualidad del “Señor, yo nada puedo”, la espiritualidad del “Todo lo puedo en Aquel que es mi fuerza” (Filip.4,13). Lo que cuenta, entonces, es la “fe-en-el-don-de Dios”, que hay en nosotros. Y aun al no creyente podríamos decirle: -Ciertamente puedes muchas cosas, pero todo cuanto puedes es gracias a Dios.

b) La desesperanza.- El reverso de la esperanza es, evidentemente, la desesperanza. Ocurre cuando no vemos con claridad la solución a los grandes problemas de nuestra vida personal o social, y cuando concluimos que todo se derrumba sin remedio posible. Sinónimos de la esperanza son el pesimismo, el derrotismo y la negatividad.

La desesperanza tiene dos fallos fundamentales: la falta de fe “**en el don de Dios**”, de que está equipado el hombre, y la falta de “fe en Dios”, que conduce la historia y conduce nuestras vidas personales. Tendemos a concluir demasiado prematuramente: “no puedo”, o “no se puede”, echando “**en saco roto el don de Dios**”(1Tim.4,14). O bien, ignoramos las sorpresas de Dios, que “*reordena todas las cosas en bien de los que le aman*” (Rom. 8,28).

La desesperanza llega al extremo en la “**desesperación**”, que ocurre cuando concluimos que nuestra vida ha perdido pie y deja de tener sentido.

4.- LA ESPERANZA DE LOS POBRES

a) Dimensión martirial del “Cristo Total”.- San Agustín desarrolla una dimensión que bien podemos llamar martirial en el Cristo total. Se trata del sufrimiento, de la persecución y de la muerte, del temor y de la tribulación que padeció Cristo, como Cabeza, pero que aún continúa padeciendo en sus miembros, porque el Cristo Total es la Cabeza (Cristo ascendido al cielo) y Cuerpo (todos los bautizados y, en algún modo, todos los seres humanos).

“Cristo completo es cabeza y cuerpo. La cabeza es el salvador del cuerpo, que ya subió al cielo; el cuerpo es la Iglesia, que sufre en la tierra. Si este cuerpo no estuviese adherido por el vínculo de la caridad a su Cabeza, de suerte que se forme con el cuerpo y la cabeza un todo único, no hubiera dicho desde el cielo, corrigiendo al perseguidor: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Si, estando ya sentado en el cielo, ningún hombre podía tocarle, ¿cómo es que Saulo, ensañándose en la tierra contra los cristianos, le hería en cierto modo injuriándole? No dice por qué persigues a mis santos, por qué a mis siervos, sino ¿por qué me persigues?; es decir, ¿por qué persigues a mis miembros? La Cabeza se quejaba por los miembros y personificaba en sí misma lo miembros...”. (In ps. 30, II, 1, 3).

b) Miembros sufrientes del Cuerpo de Cristo.- La pasión de Cristo no concluyó en el Domingo histórico de la Resurrección. La pasión continúa en el Cuerpo del “Cristo Total”. Socialmente, hoy consideramos especiales miembros sufrientes del Cristo Total a las víctimas de la injusticia, el desamor y la marginación humanas. En América Latina, el Documento de Pueblo trazó el cuadro dramático de los “rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo” (números 31 al 39).

San Agustín abunda en sus sermones en la insistencia sobre el drama de los pobres y el apremio a la necesaria solidaridad. El “Christus Totus” nos liga, no sólo con la Cabeza, sino también con los demás miembros. Y por ello, cuanto hacemos con uno de sus miembros lo hacemos con Cristo mismo. En otras palabras, Cristo considera que se ha hecho u omitido con El, lo que se ha hecho u omitido con cualquiera de los miembros de su Cuerpo, especialmente los más sufrientes (cfr. Mt. 25, juicio final). Agustín lo expresa gráficamente en este texto del sermón 137, 1,2:

“Aunque ya en el cielo, Cristo sigue padeciendo aquí en la tierra... Cuando padece su Cuerpo, El mismo ha dicho que padece.. También en nuestro cuerpo, la cabeza está encima y los pies en la tierra. Sin embargo, cuando te dan un pisotón, ¿no dice la cabeza <me has pisado>? Nadie ha pisado tu cabeza ni tu lengua: Están arriba, a buen recaudo. Pero, porque de la cabeza a los pies reina la unidad, la lengua no se desentiende, sino que dice: <¡Me has pisado!>. Así Cristo”.

c) La esperanza de los pobres.- San Pablo advierte que *“por el bautismo fuimos injertados en Cristo para participar de su muerte”* y, por consiguiente, también de su vida resucitada (Rom. 6, 3-4). La participación real en los sufrimientos del Cristo pobre, humillado, perseguido y crucificado, es para Agustín la mejor garantía de que se participará también en su vida nueva. No sólo resucitó Jesús de Nazaret: Resucitará también el “Cristo Total” con todos los miembros que compartieron su propio itinerario humano.

No es justo, sin embargo, reducir la esperanza de los pobres a su resurrección con Cristo. El énfasis reiterativo de Agustín recae, más bien, en la necesaria solidaridad de los demás miembros del Cristo Total, que fundamente una nueva esperanza para los pobres. Cuando se socorre al necesitado *“un miembro de Cristo da a otro miembro de Cristo”* (serm. 53A, 6). *“Cristo está necesitado cuando un pobre padece necesidad”* (serm. 38, 8).

Para los pobres, confiar y esperar en Cristo, debería equivaler a confiar y esperar en la solidaridad de los miembros de Cristo. Y Cristo, en el Juicio final, dejará insinuada su queja de que no pudo socorrer a los hambrientos, sedientos, enfermos y encarcelados, porque le fallaron sus miembros, que declarará amputados: “apartaos de mi, malditos...”.

5.- PERFIL DE LA ESPERANZA CRISTIANA

a) Fundamentada en Cristo

Cristo es el centro de nuestra esperanza. El cristiano vive todas las realidades de la vida y de la historia desde su fe en Cristo y desde la perspectiva que se deriva del evangelio de Jesús. Esta es su particularidad y diferencia respecto de los demás hombres. Este matiz cristológico de la esperanza del cristiano la individualiza y diferencia de cualquier otro tipo de optimismo, confianza, seguridad o prosperidad humana.

La esperanza cristiana, nace de edificar la casa sobre roca firme. Vendrán las tempestades y no podrán contra ella porque está edificada sobre buenos cimientos. Ahora bien, sabemos que edificar la casa sobre piedras sólidas es establecer coherencia entre la palabra escuchada y la praxis cotidiana. Pues sólo quien escucha la palabra y la cumple se parece a aquel que construya su casa sobre roca firme y no sobre arena. La esperanza cristiana se fundamenta en la coherencia entre ortodoxia y ortopraxis en la vida del cristiano.

b) Dinámica y arriesgada

El dinamismo propio de la esperanza cristiana está lúcidamente expresado en la frase de Agustín: *“Nos hiciste, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti”*. Nuestra mirada ha de estar puesta en el futuro. En un futuro diferente y mejor. Esta persuasión le lleva a un cierto inconformismo con el presente, a no aferrarse a las seguridades del hoy y a romper con la pretensión del mundo actual a eternizar el presente, buscando todos los medios, entre otras cosas, para vivir en eterna juventud. La esperanza cristiana dinámica y arriesgada apuesta por el futuro y se apropia de la espiritualidad del caminante, del peregrino. Es la espiritualidad del éxodo y de los profetas.

Por otra parte, la esperanza cristiana conlleva una dosis de riesgo puesto que se apoya en la promesa. No obstante, la fe, que también es riesgo y que es anterior a la esperanza debe amortiguar el miedo al riesgo propio de la esperanza. Pero el riesgo de la esperanza no es un salto al vacío, porque se apoya en la fe de que Dios cumplirá lo que promete (Rom. 4,21).

Enemigos de la esperanza cristiana es el **derrotismo**: “Esto no hay quien lo cambie”, y el **conformismo**: “Como estamos, estamos bien; esto siempre ha sido así”, que bloquean el avance y la tensión hacia la meta: *“Buscamos para encontrar, y encontramos para seguir buscando”*.

c) Crucificada y paciente

La esperanza cristiana como la fe y otras virtudes, no adquieren su pleno significado en los momentos tranquilos, sosegados y exitosos de la vida. Al contrario, es en la prueba, en la crisis y en el desierto cuando florecen y se consolidan. El itinerario de Cristo dejó patente que las dificultades, oscuridades, humillaciones y fracasos forman parte connatural del camino hacia la meta. Y en este sentido, la fe nos garantiza el Éxito final, pero no los éxitos particulares de nuestro acontecer histórico.

Pretender otra cosa es idealizar la vida y pretender lo imposible. Aquí, la espiritualidad de las bienaventuranzas se entrelaza con una espiritualidad de la esperanza vivida desde la cruz y el dolor propios de la condición humana.

d) Lúcida e inconformista

La esperanza arroja un rayo de luz sobre el presente y ayuda a discernir, a examinar la verdad para saber cómo actuar. Acomodarse al mundo presente con sus ofertas y proyectos es sepultar la esperanza. Centrarse en el presente porque nos sentimos muy bien en el ahora, así como estamos es negarse a la esperanza y, de alguna, manera equivale a enneguercerse y no ver más allá. Eso no es la esperanza cristiana. Esta permite tener una mirada crítica sobre el presente para no amoldarse a él y estancarse ahogando todo crecimiento. *“Quien encuentra deleitable la peregrinación de esta vida no ama de verdad la tierra de promisión de la vida eterna. Toda peregrinación, por su misma naturaleza, es dura y cansada. Sólo se emprende por la esperanza de llegar a la meta”.* (San Agustín, In ps. 85, 11).

e) Solidaria y creativa

El cristiano que vive la esperanza no espera algo solo para sí, sino también para los demás. Esta común esperanza o esperanza solidaria que consiste en querer para los otros lo que espera para él, le lleva a una identificación solidaria con los demás. Así como para esperar la resurrección hay que compartir la suerte de los crucificados, así para esperar la plenitud de las promesas hay que hacerse uno con aquellos a quienes preferencialmente van dirigidas esas promesas.

La inconformidad y solidaridad propias de la esperanza cristiana generan la creatividad. No basta con protestar ante lo inhumano del presente y asumir como propias las angustias y penas de los demás. La esperanza es activa. El cristiano sabe que lo que espera se gesta en el aquí y ahora de su historia y de la historia de los otros. Se trata de hacer realidad mediante la creatividad y el compromiso la fase transitoria de las realidades que se esperan. El compromiso efectivo del cristiano que espera realidades definitivas construye una antesala para pregonar lo que anuncia su fe y su esperanza. No hacer nada es no esperar nada: *“Si nos fatigamos y luchamos, es porque tenemos puesta la esperanza en el Dios vivo”* (1Tim. 4, 10). *La pasividad, la pereza, la vida inerte, el pecado de omisión proceden siempre de una falta de esperanza viva.*

B.- DIMENSIÓN HISTÓRICA

En la **CIUDAD DE DIOS San Agustín aborda el tema de la esperanza** en su dimensión histórica, bajo la imagen de la *“ciudad peregrina entre los problemas del mundo y el consuelo de Dios”*, que anhela "la paz eterna y perfecta" y que lucha en este mundo para que el amor a Dios y por Él al prójimo triunfe sobre el egoísmo o amor propio.

1.- DIMENSIÓN COMUNITARIA E HISTÓRICA DE LA ESPERANZA CRISTIANA.-

No sólo en la espiritualidad agustiniana, sino en la revelación bíblica, la esperanza es necesariamente comunitaria e histórica. Se trata de una esperanza encarnada en un pueblo, el de Israel en el A. Testamento y la Iglesia pueblo de Dios en el N. Testamento. Más aún, ambos pueblos son depositarios de una promesa de salvación que les supera, que en realidad tiene como destinatario último a toda la humanidad.

En la S. Escritura, el **REINO DE DIOS** es la formulación concreta de esta esperanza: anunciado por los profetas, realizado en Jesucristo, recibido como misión por la Iglesia. Desde Pablo VI, se habla en el mismo sentido y de forma aún más actual y concreta de la **CIVILIZACIÓN DEL AMOR**, basada por supuesto en los valores del Reino (amor y paz, justicia, verdad, libertad).

a) La ciudad peregrina.- Es seguramente el modo más exacto de definir a la Iglesia según el pensamiento agustiniano, especialmente en su hora de madurez de "La ciudad de Dios". La Iglesia es el pueblo de Dios peregrino en la historia, junto a toda la humanidad, insatisfecha de su situación actual y anhelando la consumación escatológica. Y es precisamente la *esperanza* quien sostiene e impulsa la peregrinación de la Iglesia.

En este mundo, mientras peregrina, la Iglesia debe luchar especialmente contra los enemigos que la persiguen y atacan desde fuera, contra los herejes que la desgarran desde dentro, y por supuesto contra el pecado que se opone al Reino de Dios que ella quiere anunciar y construir (cfr. CD 15,15,1; 18, 51,1-2; 15,6). De algún modo, la Iglesia está así "como cautiva" en este mundo, navegando en el mar turbulento y proceloso de la historia (ib. 19,17; 20,16). Es una **Iglesia exiliada, caminante, peregrina**.

¿Es pesimista entonces la visión agustiniana de la realidad? No, es auténtica, pero debe ser completada -como de hecho Agustín lo hace en "La ciudad de Dios"- con la otra cara de la moneda: el triunfo sobre el mal, la consumación escatológica que marcará el final feliz de su dura peregrinación. Será entonces la Iglesia gloriosa, en la Patria, feliz en la posesión de Dios y gozando de la paz perfecta para siempre (cfr. ib.5,16; 19,11).

La ciudad de Dios nace de la fe y vive de ella. Por eso peregrina. Pero esta fe es todavía algo oscuro e imperfecto. Necesita por lo tanto de una "compañera" que la mantenga y vigorice, y la encuentra en la esperanza: "La esperanza es compañera de la fe. La esperanza es necesaria mientras no vemos lo que creemos" (Serm 53,11).

b) Caminando en la esperanza.- Por eso, la Ciudad vive de la fe como requisito indispensable para la esperanza y forma un todo con ella. La expresión completa y perfecta para Agustín es **"vivir en la esperanza"**, porque la esperanza implica la fe, pero esta se ordena a aquella. Y ambas se consuman en el amor.

Sin fe y esperanza, no puede existir el amor. Sin ellas, en consecuencia, tampoco es posible la "peregrinación" de la Iglesia, ni siquiera la existencia de la ciudad de Dios. Porque ésta debe elegir según Agustín entre los términos de este dilema: o vivir "de la fe y en la esperanza" o confundirse con la ciudad terrena. Esta es la vital importancia que reviste el binomio fe-esperanza en la escatología eclesiológica de La Ciudad de Dios.

Una Iglesia peregrina es, pues, una Iglesia insatisfecha pero esperanzada; consciente de su debilidad pero confiando en el Señor; abierta y mirando siempre hacia delante; comprometida con la construcción del Reino en la historia; fuerte y alegre frente a las dificultades de su misión profética... Así soñaba san Agustín a la Iglesia, y en términos similares se expresaron los Obispos de América Latina en Puebla, al hablar de la Iglesia como *pueblo peregrino, que camina hacia una meta aún no alcanzada; Iglesia histórica que cambia necesariamente, aunque no en lo esencial; de creyentes peregrinos y testigos, que asumen con esperanza en el Señor el riesgo y la inseguridad que implica la peregrinación* (cfr. Doc. de Puebla, 254-66).

c) En espera de una humanidad en que impere la justicia.- La justicia y la paz son temas frecuentes en el pensamiento agustiniano. En su dimensión social y política, Agustín trata de ellos especialmente en "La Ciudad de Dios", la gran obra de su madurez, en la que además de esbozar una filosofía y una teología de la historia aporta una visión profundamente crítica del Imperio romano.

Un significativo texto de La Ciudad de Dios, muy conocido, es sin duda la mejor forma de acercarnos a la reflexión agustiniana sobre la justicia (CD 4,4). Argumentando San Agustín que el Imperio romano no fue nunca una verdadera república -diríamos hoy un "estado de derecho"- porque no hubo nunca en él auténtica justicia, refiere la anécdota del encuentro de Alejandro Magno con un pirata derrotado por él: "Si de los gobiernos quitamos la justicia, ¿en qué se convierten sino en bandas de ladrones a gran escala? Y estas bandas, ¿qué son sino reinos en pequeño? Son un grupo de hombres, se rigen por un jefe, se comprometen en pacto mutuo, reparten el botín según la ley por ellos aceptada. Supongamos que a esta cuadrilla se les van sumando nuevos grupos de bandidos y llega a crecer hasta ocupar posiciones, establecer cuarteles, tomar ciudades y someter pueblos: abiertamente se autodenominan reino, título que a todas luces le confiere no la ambición depuesta, sino la impunidad lograda. Con toda finura y profundidad le respondió al célebre Alejandro Magno un pirata caído prisionero. El rey en persona le preguntó: ¿Qué te parece tener el mar sometido al pillaje? Lo mismo que a ti, respondió, el tener el mundo entero. Sólo que a mí, como trabajo con una ruin galera, me llaman bandido, y a ti, por hacerlo con toda una flota, te llaman emperador".

Una reflexión valiosa y actual, capaz de suscitar serios interrogantes sobre el origen y la legitimidad del poder, la hegemonía de las grandes naciones y los imperialismos, las relaciones internacionales entre pueblos y bloques políticos. Pero que, sobre todo, deja clara la importancia y la centralidad de la justicia en el concepto agustiniano de sociedad y su necesidad para que las estructuras políticas sean legítimas: "Porque donde no hay justicia, no puede existir tampoco ningún derecho... Y no podemos llamar derecho ni tenerlo como tal a las injustas determinaciones de los hombres... Si el Estado (*res publica*) es la empresa del pueblo, y no hay pueblo que no esté asociado en aceptación de un derecho, y tampoco hay derecho donde no existe justicia alguna, la conclusión inevitable es que donde no hay justicia no hay Estado" (CD 19,21,1).

Son palabras textuales y tajantes de Agustín, comentando el pensamiento de Cicerón y partiendo explícitamente de la definición clásica de justicia : virtud que da a cada uno lo suyo. Una definición que está profundamente ligada al tema del respeto a los derechos humanos y de la caridad cristiana, como de hecho Agustín subrayará y explicará con frecuencia -no sólo desde el derecho romano, sino desde la fe- en su predicación, al referirse a la justicia como una de las cuatro virtudes necesarias para la vida: "aquella por la cual damos a cada uno lo suyo, sin deber a nadie nada y amando a todos" (Com al s. 83,11).

c) En espera de una humanidad en la que reine la paz.- En el libro XIX de La Ciudad de Dios, Agustín aborda el tema de la paz con un planteamiento general del problema del fin humano o el sentido de la vida: lograr la "felicidad" o el "sumo bien", anhelo común a todos los seres humanos: ¿no hay nadie que no quiera ser feliz! Pero cada uno señala diversos medios o caminos para conseguir este deseo común. Y, tras analizar críticamente las distintas soluciones al problema del sentido de la vida o búsqueda de la felicidad de las principales escuelas filosóficas (epicúreos, estoicos, cínicos, académicos, etc.), llega Agustín a una doble conclusión. En primer lugar, que la felicidad auténtica es imposible de alcanzar en este mundo y a nivel puramente terreno, es trascendente. Y en segundo lugar, que la auténtica felicidad que todas las personas y los pueblos buscan, consiste en la paz : ¡tampoco hay nadie que no desee la paz!, pues incluso los que hacen la guerra luchan para conseguir la paz!...

Por supuesto, el concepto agustiniano de paz no se identifica con la simple ausencia de guerra. Es una realidad mucho más profunda, definida como la *tranquillitas ordinis* (la tranquilidad del orden), y siendo el orden **"la distribución de los seres iguales y diversos, asignándole a cada uno su lugar"** (CD 19,13,1). En este sentido, la paz se realiza a diversos niveles, tanto en lo personal como en lo social: "*La paz del cuerpo es el orden armonioso de sus partes. La paz del alma racional es el acuerdo ordenado entre pensamiento y acción. La paz entre el alma y el cuerpo es el orden de la vida y la salud en el ser viviente. La paz del hombre mortal con Dios es la obediencia bien ordenada según la fe bajo la ley eterna. La paz entre los hombres es la concordia bien ordenada. La paz doméstica es la concordia bien ordenada en el mandar y en el obedecer de los que conviven juntos. La paz de una ciudad es la concordia bien ordenada en el gobierno y en la obediencia de sus ciudadanos. La paz de la ciudad celeste es la sociedad perfectamente ordenada y perfectamente armoniosa en el gozar de Dios y en el mutuo gozo en Dios*".

Aunque desde luego para Agustín la paz auténtica y definitiva es trascendente, mientras que aquí en la ciudad terrena la paz será siempre relativa y ambigua, esto no significa de ningún modo que el creyente desprezice la paz terrena e histórica: la necesita, la valora y la construye. De hecho, Agustín analiza detenidamente la naturaleza de los cuatro niveles de sociabilidad humana descritos por los filósofos: la casa, la ciudad, el mundo y el universo espiritual. Y destaca siempre la exigencia de "tranquilidad", "armonía", "concordia", "orden", "correcta distribución", para que en cada uno de los niveles pueda existir la paz.

2.- AGUSTINOS EN LA IGLESIA PARA EL MUNDO DE HOY

El Documento, así titulado, del Capítulo General intermedio de 1998 habla precisamente de La ciudad de Dios como **"un himno a la esperanza escatológica"** (cfr. n. 25). Es decir, como la afirmación de una sociedad con futuro y de la presencia y acción de Dios en la historia, acompañando "con entrañas de padre y madre" nuestra peregrinación. No podemos entonces -en frase de Juan XXIII- estar de acuerdo con los "falsos profetas de calamidades" que piensan que el mundo va cada vez peor: más allá de los aspectos negativos, el mundo de hoy presentan rasgos positivos que llaman a la esperanza, por ejemplo: "el surgir de una nueva espiritualidad, la democratización del poder, el pluralismo, una ética común, el puente fe-cultura, el cuidado de la naturaleza...".

Incluso pareciera que en nuestro mundo se percibe un cierto "rumor agustiniano", identificable en la búsqueda de paz y justicia, de sentido de la vida, de relaciones humanas profundas, de participación y democracia, de globalización y solidaridad (ib. 1)

Es posible entonces el diálogo entre el mensaje agustiniano y el mundo moderno, con tal de que sepamos asumir el *profetismo* de nuestra vida: encarnar con fuerza y claridad los valores agustinianos que pueden ofrecer un **mensaje real de esperanza** a nuestra cultura (interioridad, comunidad, amistad, comunión de bienes espirituales y materiales, compromiso inequívoco con la solidaridad y con la justicia y la paz). Es el gran reto para, viviendo así en la práctica y no sólo en teoría, ofrecer con gestos concretos "el rostro misericordioso del Jesucristo del amor y la esperanza" (ib. 8).

Una oferta que -por otra parte y con un talante también muy agustiniano- no podemos pretender siempre que sea necesariamente RESPUESTA que se acepte como válida, pero sí al menos una PREGUNTA cuestionadora e interpelante sobr e dónde y cómo cifrar la esperanza. Una intuición muy valiosa en este sentido, que se encuentra en el Informe CELAM 2000 (*El Tercer Milenio como desafío pastoral*, nn.247-255): .

El Evangelio como pregunta

1. En la acción evangelizadora se suele presentar a la Persona de Jesús como **la respuesta** frente a los desafíos que plantea la actual sociedad y los anhelos más profundos del hombre y de la mujer de nuestros días. Sin embargo, muchas veces somos testigos que esta respuesta cae en el vacío, mientras que otras veces resulta totalmente irrelevante.  Por qué?
2. Vale la pena preguntarse si en el contexto de nuestra sociedad la persona de Jesús constituye una respuesta o más bien **una pregunta**.
3. Una respuesta es válida en cuanto se mueve en el mismo nivel y en el mismo contexto epistemológico de la pregunta. Pero cuando la pregunta trae una compresión diferente del contexto en el cual se plantea la respuesta, entonces resulta evidente que para el oyente la respuesta del interlocutor resulta incomprensible y hasta irrelevante.
4. Así, a título de ejemplo, si la sociedad actual plantea como ideal de vida *el éxito* (como expresión máxima de autorealización individual) y nuestra respuesta evangelizadora es la Persona de Jesús, es totalmente comprensible que nuestra respuesta no satisfice al oyente. La sociedad entiende por la palabra * xito* una categoría en términos de posesión (tener dinero, tener fama, tener belleza, tener poder, ...), es decir, es un éxito en términos del "tener" que implica una compresión antropológica de la vida en el horizonte existencial del **tener para ser**.
5. Ahora bien, en este contexto, es totalmente evidente que la Persona de Jesús no constituye ninguna respuesta porque Jesús es la contradicción de esta manera de pensar. En el Evangelio el éxito se entiende en términos de servicio: soy más cristiano en cuanto crezco en el amor hacia el otro porque la ley del discípulo de Jesús es **Am ense los unos a los otros como Yo les he amado**. *En otras palabras, mientras la sociedad entiende el éxito a partir de un referente egocéntrico (autorealización individual), el Evangelio lo comprende a partir de uno altruista (auto-realización en la auto-trascendencia)*.
6. Entonces, en este contexto de dos mentalidades distintas (la sociedad y el Evangelio), la acción de la evangelización es más bien la de **preguntar**, poniendo en duda la respuesta de la sociedad sobre la auténtica realización de la persona humana.  Para el hombre y la mujer, de verdad consiste el éxito más profundo en tener más cosas (dinero, fama, belleza, poder, ...)?
7. En este sentido el anuncio de la Persona de Jesús resulta ser **una pregunta más que una respuesta** a la sociedad actual, porque invierte su orden valórico.  No es esta la razón por la cual el Evangelio comienza con un desafío a **convertirse**? Se nos dice que Jesús proclama la Buena Nueva con las palabras **El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convi rtanse y crean en la Buena Nueva**
8. La conversión consiste en entender y actuar de *manera distinta* (metano ıa); sólo entonces es posible acercarse a la Persona de Jesús y comprender de alguna manera su mensaje. Nuestra misión es anunciar esta Buena Nueva mediante nuestro testimonio concreto y diario; un testimonio que cuestiona profundamente lo que la sociedad establece como lo normal. Esta es la revolución de la fe: hay otra manera de pensar y existe otro modo de proceder cuya fuente es el Evangelio. Este es nuestro mensaje para la sociedad de nuestros tiempos.
9. Evangelizar es cuestionar la pregunta de la sociedad y no imponer la propia respuesta que le resulta ajena. Evangelizar es cambiar la pregunta de la sociedad e invitar a entrar en **el misterio** de nuestra respuesta, porque - después de todo - nuestra respuesta es el misterio de la Persona de Jesús.

Para la reflexión

- 1.- En nuestra forma de entender la Iglesia,  est a realmente presente su carácter peregrino o más bien pensamos en ella como algo estático y al margen de los cambios?
- 2.-  Se puede decir realmente que nuestras comunidades comparten "los gozos y esperanzas" de la humanidad actual?  C omo y por qué?
- 3.-  Qu e podemos hacer para que nuestra vida sea realmente un signo profético de esperanza? (Señalar dos o tres compromisos concretos)
- 4.-  C omo podemos evaluar el compromiso de nuestra circunscripción con la causa de la justicia y la paz?  Y cómo funciona la Comisión de Justicia y Paz?

VI.- LA VIDA CONSAGRADA: PROFECÍA DE ESPERANZA.

- 1.- ¿Es o no es profecía de esperanza la V.R. es, o está siendo, profecía de esperanza en el mundo de hoy, o más bien tendríamos que limitarnos a afirmar que “debería ser” profecía de esperanza?
- 2.- ¿Es afirmación generalizada que los niños son la esperanza del futuro.. Muchos afirman lo mismo de la sensibilidad creciente por los derechos humanos, del progreso, etc. ¿Existe similar convicción, al menos entre los creyentes, de que la V.R. es esperanza de un mundo mejor?
- 3.- ¿Qué esperanzas mejores que las que ofrece la V.R., visualizó fuera de ella la multitud de religiosos y religiosas que la abandonaron en los últimos treinta años?
- 4.- ¿Qué necesitaría la V.R. para convertirse realmente en “Faro de Esperanza” para el mundo de hoy?
- 5.- ¿Soy yo, como religioso, un hombre de esperanza y animador de la esperanza?

1.- LA ESPERANZA EN EL PROFETISMO DE LA VIDA RELIGIOSA

a) La dimensión profética, constitutivo esencial de la V. R.- La V.R. surgió en la Iglesia como movimiento profético, además de carismático y laical. Aparece en el momento en que la Iglesia se masifica y, en esa medida, se va alejando del primer espíritu: la calidad cristiana disminuye o se adultera, la fe se entremezcla de elementos cristianos y paganos, y se hace imprescindible una formulación precisa del dogma y una regulación clara del vivir cristiano. La Iglesia empieza a poner sus énfasis en la organización, en el papel relevante de la jerarquía y en la codificación de normas y leyes, con el riesgo de que el Espíritu y fidelidad al Evangelio pasen a segundo plano.

En este contexto, aparece la V.R. como contestación al hecho de que la autenticidad evangélica de la vida cristiana global no es ya una realidad, y de que sin embargo, es posible, a nivel de minorías de libre opción, lo que ya no es de esperar del Cristianismo masivo.

La V.R. busca entonces retomar la autenticidad cristiana vivida en los comienzos, inspirándose en las primeras comunidades cristianas. San Agustín se refiere expresamente a la Comunidad de Jerusalén, tal y como se describe en los capítulos 2 y 4 de los Hechos.

La V.R. surgen en la Iglesia y con la Iglesia, pero se aparta deliberadamente del rumbo que ha empezado a tomar la Iglesia que, a raíz de la paz constantiniana (313), y del reconocimiento oficial del Cristianismo como Religión del Imperio por Teodosio (380), empieza a pasar de la periferia al centro:

- de la inseguridad a la seguridad;
- de la contestación a la alianza con los poderes de este mundo;
- de la anormalidad a la normalidad;
- de la pobreza a la riqueza;
- de la marginación -y aun persecución- al “status” social altamente respetable.

Frente a este rumbo, la V.R. quiere optar por la radicalidad del Evangelio, convirtiéndose así en movimiento profético dentro de la Iglesia misma.

b) En la línea de la tradición profética.- Ya desde los tiempos bíblicos, la religiosidad práctica navegó entre dos tradiciones fuertemente confrontadas entre sí: la sacerdotal y la profética. La primera, de cuño vertical, puso siempre sus énfasis en la observancia de la Ley y la Tradición, y en la centralidad de la institución (el Templo). La tradición profética, en cambio, puso su acento en el espíritu, en la autenticidad interior de las personas, en la justicia, la solidaridad y la misericordia (humanismo).

Cristo se alineó evidentemente en la tradición profética, y se confrontó con la tradición sacerdotal, en boga en el Judaísmo imperante. Y tres siglos más tarde, la V. R. se alinea también en la tradición profética, justo cuando la Iglesia empieza a derivar hacia la tradición sacerdotal, uno de cuyos signos más palpables es su clericalización creciente. La V. R. nace como movimiento laical, carismático y profético. Y muy pronto “comunitario” frente a la masificación cristiana.

c) La esperanza en el profetismo bíblico.- No siempre entendimos bien la figura del profeta bíblico. Muy frecuentemente lo hemos definido por algunas de sus funciones fragmentarias, que quedan distorsionadas al quedar desconectadas de la personalidad integral del profeta. Y así popularmente la palabra profeta ha quedado asociada a la del visionario o adivino del futuro; para otros ha quedado etiquetado como anunciador de desgracias; y en ciertos ámbitos, no tan populares, se acentuó su carácter de rebelde, revolucionario y contestatario.

El profeta bíblico, sin embargo, es una peculiar síntesis armónica de una trinidad de valores o funciones que no es legítimo desligar:

= Es, en primer lugar, el **“hombre de Dios”**, familiarizado con Dios, e inundado de su Espíritu, frente al “hombre de la ley”, que representaba el rey, y el “hombre del rito”, que era el sacerdote.

= Es, en segundo lugar, el **denunciador de las infidelidades a la Alianza con Dios**, y el que advierte de continuo de las **consecuencias** que ello implicará a mediano o largo plazo.

= Y es, por fin, el **animador de la esperanza**: Cuando sus advertencias se han hecho realidad y todo va de mal en peor, el profeta se encarga de levantar los ánimos, y de insistir en que, aliados con Dios, todo tiene remedio.

No hay profeta auténtico si falta cualquiera de estas tres notas. Y con los profetas bíblicos coexistieron numerosos “falsos profetas”, denunciados por los primeros.

2.- LA V. R. SIGNO Y TESTIMONIO DE ESPERANZA

a) Las tres notas proféticas.- Un desafío capital planteado hoy a la V.R. es, sin duda, cómo lograr que ella sea, frente a un mundo desesperanzado, profecía de esperanza. Y la clave no puede ser otra que recuperar las notas del auténtico profetismo bíblico, y del profeta por excelencia, Cristo. Lo que ocurrirá:

= **Cuando el pueblo pueda percibir en los conventos, ante todo y sobre todo, el aura de los hombres y mujeres de Dios, que en ellos moran.** Nos ha hecho mucho daño la sustitución de esta apreciación por la de meros funcionarios pastorales, profesionales cualificados en ciencias humanas o religiosas, o simples comprometidos sociales, cuando no revolucionarios. Y esto, con frecuencia, en el mejor de los casos: Hay otras apreciaciones menos respetables. Son notas sin duda válidas, pero el acento está mal puesto y el significado de la palabra queda falseado.

= **Cuando nuestro modo y calidad de vida, y en esa medida nuestra palabra, dejen en evidencia los rumbos equivocados que va tomando nuestra sociedad, y aun en ciertos aspectos la Iglesia.** La V. R. está llamada a proponer al mundo rumbos alternativos convincentes de interrelación y de valores. Nuestro modelo de vida no puede ya definirse únicamente en función de nosotros mismos: En algún modo tiene que ser paradigma válido para el hombre de hoy, e incluir los valores que el hombre de hoy echa de menos. No seremos profecía de esperanza, si el hombre de la calle descubre en los religiosos antivalores similares a los que ve a su alrededor; por ejemplo, el individualismo anticomunitario, la verticalidad autocrática, la ausencia de coparticipación, la autoinstalación, la insolidaridad con los que sufren, el formalismo rutinario de una interrelación sin afecto y valoración mutuas, etc.,etc.

= **Cuando la V.R., en cuanto tal y no sólo en determinados religiosos, abra al hombre de hoy horizontes de esperanza, como paradigma de vida y de valores.**- Tenemos que demostrar ante el mundo que la fe en Dios y la fe en Jesucristo “resultan”. Es decir, realizan el milagro por el que todos suspiran: El milagro del amor consecuente y mantenido; el milagro de la unión, la comunión, la solidaridad; el milagro del vivir comunitario; el milagro de los bienes compartidos; el milagro de la confianza mutua y mutua valoración; el milagro del humanismo por encima de todo; el milagro de la esperanza y la alegría de vivir.

3.- La V. R. SIGNO Y TSMIMONIO DE ESPERANZA

a) Animadora de la esperanza.- Como los profetas bíblicos, la V. R. tiene la misión de ser animadora de la esperanza, y no sólo denunciadora del pecado. En dos sentidos fundamentales que deben completarse:

= **En la meta trascendente:** Ha de dejar en claro que no sólo le importa “la otra vida”, pero sí le es determinante “la otra vida”, como meta final del ser humano, que pone en clave y da sentido a toda la existencia. La dimensión escatológica de la Vida Consagrada es, sin duda, la que más enfáticamente hemos desarrollado en la espiritualidad de los consagrados, pero no la que más eco encuentra en una sociedad secularizada e inmediateista. Pero hemos de seguir siendo “llamada” a la conciencia de que la esperanza o esperanzas humanas quedan “descolgadas” y en el aire, si las aislamos del destino final y trascendente.

= **En las metas inmediatas:** No es saludable, ni justo, ni estimulador que las personas religiosas, ante los problemas humanos, sólo tengamos una respuesta, y por ello una única esperanza: <¡En la otra vida, Dios todo lo solucionará!>. O bien: <“Todos nuestros sufrimientos, aceptados desde nuestra fe, tendrán su recompensa en el cielo”>. Suena a conformismo pasivo, y deja siempre en el rostro del que sufre la pobreza, el conflicto, la injusticia... el interrogante: <“¿Y entretanto qué?”>.

Ciertamente no podemos garantizar a nadie, en nombre de la fe, la liberación mágica de todos sus problemas y sufrimientos. Forman parte del camino de Cristo. Pero sí podemos estimular la “fe en el don de Dios”, que nos capacita para afrontar empeñosa, creativa y positivamente nuestros problemas y encontrarles una alternativa satisfactoria. El <“Tú puedes, gracias a Dios”> es bastante más confortante que el <“Ten paciencia, y ofrece tus sufrimientos a Dios”>.

Al modo generalizado de solucionar problemas: el odio, la violencia, la venganza, la rotura, el engaño..., las personas de fe oponemos la fuerza milagrosa del amor, la unión, la solidaridad, la condescendencia; la fe, la esperanza y la caridad; la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. He aquí los fundamentos de nuestra esperanza, también para construir una vida humana, personal y social, más humana y feliz.

Anécdota: Parábola de los tres ancianos.

b) Testimonio de esperanza.- La V.R. será animadora de la esperanza, en la medida en que ella misma recupere la esperanza. Al interior de la vida religiosa existe una secreta convicción frecuente de que la vida religiosa ya cumplió su ciclo. Las cifras cada vez menores de religiosos, el progresivo envejecimiento y la escasez de vocaciones, sobre todo, transmiten cierto sentimiento derrotista y desesperanzador.

Además se señala otro peligro que puede atentar contra la esperanza al interior de vida religiosa: la pérdida de sentido de la consagración. Modelos caducos de formación, formas y estilos de presencias no renovadas, estructuras ancladas en el pasado, etc. cuestionan permanente el sentido del “nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido”. ¿Para qué?. Creo que este problema señala una dialéctica permanente en la vida religiosa frente a la cual debe tener respuestas y alternativas convincentes para que no se genere en su interior un ambiente de pérdida de sentido y desesperanza.

Finalmente nada más ajeno, extraño y enemigo de la esperanza que la satisfacción y el conformismo. Esta situación es tal vez la más grave que se pueda presentar contra el testimonio de esperanza que la vida religiosa debe ofrendar al mundo. Quien lo tiene todo y además está a gusto con lo que tiene y encima no quiere perderlo a ningún precio, ese pobre no tiene esperanza, allí no hay posibilidad para la esperanza. Es dicha situación la vida religiosa no será signo de esperanza. En la medida en que nuestra supervivencia histórica sea nuestra mayor preocupación, en esa misma medida hemos sepultado la esperanza.

c) Desarrollo de una conciencia autocrítica.-Repetidas veces se ha hablado en muchos contextos de la secularización de la vida religiosa, de lo poco religiosa que es la vida religiosa. No es un juego de palabras sino una realidad cada vez más creciente en algunos ambientes e incipiente en otros. Urge el desarrollo de una conciencia crítica, más aún, de un estilo de vida crítico. No es lo que pide el Señor para sus discípulos en la oración sacerdotal cuando ora diciendo: *“no te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal del mundo. Están en el mundo, pero no son del mundo. Si fueran del mundo, el mundo los amaría...”* Creo que estas palabras del Divino Maestro nos alertan no sólo para que tengamos una conciencia crítica, sino para que nuestro estilo de vida sea contestatario, profético y alternativo. Sólo así se puede suscitar esperanza en algo distinto y mejor; sólo así la vida religiosa es anuncio de realidades mejores que aún no están presentes.

Esta conciencia crítica hay que ejercerla, primer lugar, al interior de nuestras propias comunidades. Frente a estructuras poco o nada evangélicas; frente al confort y la vida religiosa light; frente a unas costumbres e ideas que huyen de la cruz; frente a la pretensión de una oración poco seria y comprometida que nos haga sentir bien, cuando y como yo quiero; frente a la pretensión de comprar vocaciones ante la escasez de las mismas, ofreciendo una vida muelle y cómoda, sin ningún compromiso ni exigencia; frente a una vida religiosa rica, con los ricos y con los criterios de los poderosos de este mundo. Se necesitan profetas, instancias críticas al interior de nuestra comunidades, que fecunden un sentido crítico frente a las estructuras y modos del mundo. Así seremos profetas de esperanza, anuncio repleto de frescura y lozanía de las realidades que aportan la verdadera vida al hombre.

d) Creatividad y capacidad de soñar.- Para ser profetas de esperanza necesitamos ser soñadores, el soñar es la presencia de la actividad en la quietud de quien duerme. Soñar es estar siempre activos, es ser forjadores de ilusiones y utopías. Es la capacidad de proyectar un mundo nuevo, un hombre nuevo, unas comunidades nuevas. La capacidad de soñar y la creatividad se complementan. Quien sueña que lo nuevo es posible se inserta en una dinámica que crea y recrea, que genera cambio y novedad. Se trata también de que la vida religiosa retome y se vuelva a enamorar de su opción primera de los primeros días: cuando queríamos ir a la misión, recorrer largos caminos, pedir un vaso de agua de limosna, jugar con los niños debajo de los árboles, dormir mientras lo permitan los mosquitos, comer lo que comen los pobres, buscar el pan de cada día como lo buscan ellos, ir montados en un sencillo y humilde asno, antes que la pretensión de los religiosos que no quieren bajarse de los aviones. Se trata de retomar y vivir la vida religiosa con la ilusión de la posibilidad del martirio. ¿Qué más propio del que asume la profecía y vive en la esperanza generando esperanza?

Es preferible para la vida religiosa ser utópica, soñadora, ilusoria, poética y revolucionaria, cantora de las posibilidades nuevas a que digan que los religiosos son piezas de museo llamadas al exterminio, que son cómplices del poder dominante, educadores de políticos corruptos, amigos de banquetes, de la púrpura y del lino. Creo que Jesús vivió y predicó la libertad, que soñó con la realidad del Reino, que confió en la posibilidad de la fraternidad universal y que por estos sueños dio su vida. Creo que los religiosos que siguen sus pasos son gestores de esperanza en medio del nuevo pueblo del Señor.

“Que volvamos a ser

*la presencia sencilla
al lado de los pobres,
porción de su esperanza,
poetas, cantantes, soñadores,*

*peregrinos portadores de gracia...
algo como María”.*

**VII.- EL DIOS DE LA HISTORIA,
Y EL RUMBO DE NUESTRAS ESPERANZAS.**

INTERROGANTES PARA MEDITAR

- 1.- Los Agustinos tenemos, sin duda, fe y esperanza en Dios. Pero ¿esperanza de qué? Dos futbolistas contrarios hacen la señal de la cruz al iniciar el juego, cada uno de ellos con la esperanza en Dios de que ganará. Pero uno de ellos perderá. ¿Cual es el rumbo de nuestras esperanzas?
- 2.- Algunos Agustinos tendrán fe y esperanza en Dios de que nuestra Orden volverá a ser como en sus mejores tiempos del pasado. Otros esperan que Dios realizará nuestras mejores utopías del presente. ¿Qué nos permite esperar nuestra fe?
- 3.- ¿Hemos de esperar que Dios llevará a cabo nuestros mejores proyecto, o más bien que Dios llevará a cabo <los suyos>?

1.- “MIS PROYECTOS NO SON VUESTROS PROYECTOS” (Is. 55, 8)

a) El respeto al misterio.- La V. R. tiene como Referente fundamental a Dios. Ahora bien, en todo lo que se refiere a Dios, topamos insoslayablemente con el misterio. Porque Dios es “Misterio”. Quiere decir que el modo, orientación y alcance de su acción u omisiones en la historia humana se nos escapan: *“Mis proyectos no son vuestros proyectos, ni mis caminos son vuestros caminos. Así como el cielo dista de la tierra, así mis caminos se elevan sobre vuestros caminos, y mis proyectos sobre vuestros proyectos”* (Is.55, 8-9).

Tenemos la tendencia a formular con precisión nuestros anhelos y utopías y concretar bien nuestros proyectos, y luego tener fe y esperanza en Dios en que se harán realidad. Todo queremos reducirlo a claridad y precisión. Cuando, en todo lo que a Dios se refiere, hemos de mantener un sagrado respeto al Misterio. Es nuestra fe que somos “sujetos y protagonistas” del Proyecto Humano de Dios, pero no sus autores ni sus “rectores” últimos. Es Dios el Conductor de nuestra Historia y su “manejo” no siempre nos es comprensible.

San Agustín desarrolla ampliamente la teología del “Misterio”: “Dios es inefable. De El decimos más fácilmente lo que no es que lo que ES” (In Jo Ev. 7, 10). Por eso “A Dios se le busca para encontrarlo, y se le encuentra para seguir buscándolo con mayor afán” (De Trin. IX, 1,1 y XV, 2,2).

b) Hemos de fiarnos de Dios, pero no necesariamente de “nuestros proyectos” acerca de Dios.- Sabemos de demasiados “decepcionados” de Dios, incluso entre quienes fueron piadosos: Perfilaron y acariciaron sus más bellos planes e ilusiones; los pusieron en manos de Dios con firme fe e insistente oración; pero sus planes e ilusiones se derrumbaron. Y han concluido: ¡<Dios no es de fiar>; o bien: <“La fe y esperanza en Dios no da resultado”>.

c) Las sorpresas de Dios.- Por otra parte, tanto la historia humana, como la historia personal, nos ha dejado en claro, en multitud de ocasiones, cómo “Dios escribe derecho aun en líneas torcidas”:

= Cuando, en 1870, la Iglesia fue despojada de los Estados Pontificios, que magnificaban el poder temporal del Papa, esto fue considerado por la misma como una lamentable desgracia eclesial. Hoy consideramos ese despojo de los poderes temporales, y aun militares del Papa, como una bendición.

= Cuando en el mismo siglo XIX, las Congregaciones Religiosas fueron expropiadas de sus vastas posesiones, maldijimos del secularismo ateo. Hoy en España se alude irónicamente a “San Mendizábal”, el ministro que llevó a cabo en el país tal expropiación.

= Cuando el Modernismo, en la misma época, lanzó sus tesis sobre las libertades democráticas, la libertad religiosa y de conciencia y la emancipación de la mujer, mereció las condenas más cordiales de los papas Pio IX (Syllabus) y Pio X (Decreto Lamentabili y encíclica Pascendi). Más tarde, el Concilio Vaticano II asumirá esas tesis como propias, desde la propia clave cristiana.

En la propia historia personal, todos sin duda podemos identificar hechos, experiencias y personas que, en su momento, nos traumatizaron o nos sometieron a crisis, pero a la postre reconocemos que se convirtieron en factor de crecimiento, madurez y bendición personales.

d) El Dios de la Historia hace de la historia humana “historia de salvación”.- Una de las frases más reveladoras de San Pablo es la de que “Todo colabora en bien de los que aman a Dios” (.). La frase es, ciertamente, de fe y de esperanza, mirando hacia adelante. Pero es también un hecho de observación, mirando atrás: Incontables experiencias humanas han dejado en claro que Dios sabe sacar bien aun del mal. Más aún, que su Espíritu nos capacita para “reciclar” negatividades y convertirlas en positivities. Y así Dios va haciendo, en nuestras vidas, historia de salvación, tanto en base a nuestras bondades como en base a nuestras deficiencias.

Dios conduce nuestra vida. Muy frecuentemente no acertamos a vislumbrar por dónde y hacia dónde quiere llevarnos, peronal o colectivamente. Pero ésta es nuestra fe y nuestra esperanza: Que El sí sabe, y su Espíritu, que hace nuevas todas las cosas, puede reservarnos sorpresas insospechadas, a costa muchas veces, del derrumbe de nuestros deseos y proyectos.

Anécdota: El náufrago (nº 55).

2.- LA V. R. ENTRE LUCES Y SOMBRAS

a) En la “Noche Oscura”.- De noche oscura, crisis, tiempos de invierno se ha calificado generalizadamente a la Vida Religiosa actual; de urgencia de revitalización, actualización, fidelidad creativa al carisma, y aun refundación, se ha considerado su realidad presente; de agotamiento, fin de su ciclo vital, y aun extinción se ha pronosticado, a veces, su próximo futuro.

Ciertamente, después de más de 30 años de intensiva búsqueda, no acertamos a clarear sus horizontes. Y nadie se siente capaz de predecir qué y cómo será la V.R. del 2050. Y aquí sí oscilamos entre la esperanza y la desesperanza. En el ánimo de muchos religiosos está la convicción de que la V. R. simplemente no tiene futuro. Otros mantienen su fe en un futuro diferente, aunque no acertemos a definirlo. Los primeros se basan en la realidad presente. Los segundos se inspiran, más bien, en el mismo itinerario de Cristo y en el modo de actuación de Dios a lo largo de la historia humana: la “recreación” del Espíritu que, por ser siempre sorpresiva, nos desconcierta y confunde.

De hecho, hoy tenemos datos para vislumbrar los rumbos del Espíritu, que apenas teníamos en la década de los setenta:

= La crisis vocacional, tanto por los pocos que entran, como por el éxodo masivo de los que ya estaban, en las primeras décadas del postvaticano, nos sumió en puras tinieblas. Hoy empezamos a vislumbrar cada vez más claro que no todo ha sido negativo: Gracias a la crisis vocacional ha ido surgiendo un laicado eclesial cada vez más comprometido, y hacia una Iglesia cada vez más laical (no laica), y menos clerical, al modo de las primeras comunidades cristianas. Sin crisis, ¿habríamos sido capaces de dar este paso?

= A lado de la crisis vocacional en la V. R., que cada vez parece atraer a menos jóvenes, han ido surgiendo en la Iglesia grupos, movimientos y comunidades laicales, que atraen a multitud de jóvenes comprometidos. ¿No estarán incubándose en varios de estos grupos, movimientos o comunidades nuevas formas y modelos de vida consagrada?

b) Dimensión laical de la Vida Consagrada.- No es conveniente olvidar que la V. R. surgió en la Iglesia como movimiento laical. Solo posteriormente se fue, por una parte, “clericalizando” (bajo la presión de los obispos que vieron en ella los mejores candidatos para la ordenación), y por otra “sacralizando” en exceso como modelo y paradigma de vida, y en esa medida alejándose del pueblo cristiano común. Así como en la Iglesia el fenómeno de la clericalización y la sacralización terminó despojando al laico de su sentido de pertenencia corresponsable a la Iglesia, en la V. R. las congregaciones clericales terminaron por marginar a los religiosos “legos” hasta su práctica extinción. Y las congregaciones femeninas mimetizaron el esquema instaurando una especie de “clerecía” en las hermanas de coro, frente a las hermanas “legas” (o de obediencia).

La supervaloración, en la V. R. clericalizada y sacralizada, de los valores “sacros”, provocó en los laicos la minusvaloración de los valores propios de su estado laical:

= La castidad del celibato religioso dejó en las sombras el valor de la castidad conyugal, como fidelidad al amor que procede de Dios.

= La obediencia al superior religioso, en la vida consagrada, redujo en los laicos el horizonte espiritual de la “obediencia al Padre”, vivida por Cristo, que se traduce en sintonía con el Espíritu que a todos nos convoca a la unidad de compromiso tras los mismos objetivos.

= La pobreza evangélica, vivida en la V. R., ante todo como sacrificio, austeridad y renuncia, minusvaloró en los laicos la virtud cristiana de compartir los bienes y de solidaridad con los más necesitados.

En otras palabras, los llamados “consejos evangélicos”, sacralizados en la V.R. por la profesión y consagración, tienen también una versión laical, que nunca se subrayó debidamente, ni se tuvo demasiado en cuenta en la V. R., nacida como movimiento laical.

Hoy estos tres compromisos, en su versión laical, están siendo determinantes en algunos grupos, comunidades o movimientos laicales, por ejemplo en el catecumenado.

c) El compromiso de los laicos, esperanza de la Iglesia y de la V.R.- La promoción de los laicos, que se retomó en la Iglesia bajo el apremio de llenar vacíos dejados por la crisis vocacional, hoy empieza a verse como una gran esperanza para la Iglesia. No en el sentido de que terminen haciendo innecesarios a los clérigos, sino en el sentido de que los sacerdotes se centren en sus ministerios específicos, multiplicando en los laicos las fuerzas activas de evangelización y de gestión de la comunidad cristiana.

Paralelamente, en la V. R., el carisma ha empezado a compartirse, con nuevo vigor, con grupos laicales, que empezarán a ser determinantes en la misma, en la medida en que logremos que dejen de ser “terciarios”, o segundones de abordó, que sólo nos interesan “de puertas afuera”, y sin derecho a voz ni voto, y pasen a inaugurar la “rama laical” de la congregación, con participación activa en la gestión de la congregación misma (no es nada raro: El Opus Dei y varias otras nuevas congregaciones funcionan así). Lo que implicará cambios significativos en nuestros actuales modelos de vida.

3.- “EL QUE TENGA OIDOS, ESCUCHE LO QUE EL ESPÍRITU ESTÁ DICHIENDO A LAS IGLESIAS” (Ap. 2,11).

Los altos y bajos, las crisis y exaltaciones, las claridades y las sombras, los entusiasmos y las depresiones, forman parte del dinamismo normal del vivir humano, también de la vida espiritual y de fe. Y en ésta, tanto en la vida personal como de nuestras instituciones. En todo caso, ha de mantenernos nuestra fe y nuestra esperanza, con algunas actitudes básicas:

a) Mantenernos a la escucha de “lo que el Espíritu está diciendo a las iglesias”.-El espíritu, clave de nuestro vivir de religiosos, es por sí mismo dinamismo, evolución, novedad, flexibilidad y sorpresa. Característica de los profetas fue su sensibilidad y finura para vislumbrar los rumbos del Espíritu, en su momento histórico. En la V.R., tenemos, sin embargo, la tendencia a codificar sus exigencias, a veces al minimum, y aferrados al código de lo que siempre se hizo así, de lo que en el pasado fue excelente, nos tornamos sordos y ciegos, aunque no siempre mudos, para las llamadas y signos del espíritu en nuestro presente.

Los religiosos y religiosas somos en realidad hombres y mujeres de fe; con frecuencia de demasiada fe: en nuestros modelos y estilos de vida; en lo que siempre fue así; en nuestro particular y bien definido “debe ser”. Y esta fe nos hace daño y fundamenta espejismos de esperanzas. No nos es dado visualizar el próximo futuro de la Vida Religiosa. Pero sí tenemos pistas y signos del Espíritu, que es necesario escuchar, valorar y secundar. <Las Congregaciones Religiosas que tengan oídos, escuchen lo que el Espíritu está diciendo a la Vida Religiosa>.

b) Estar prontos para secundar los apremios del Espíritu.- Si el Espíritu “hace nuevas todas las cosas”, hemos de estar siempre preparados para asumir sus novedades. Lo que implicará muchas veces, desapego, renuncia y éxodo, tras un equilibrado y sensato discernimiento. Lo peor que puede ocurrirle a la V. R. es que, ante el mundo y ante el Pueblo de Dios, “sea digna de admirar, pero no de imitar”, equivalente al “respeto, pero no comparto”. Porque sus modelos de vida no son paradigmas válidos, ni inspiradores de modelos similares para todo cristiano. (Personalmente me cuestiona el encuentro con tantas personas, particularmente mujeres, educadas en colegios de religiosos, y que afirman: “¡Esas monjas me traumatizaron!”).

No se trata, evidentemente, de “laicizarnos” más que, en referencia a la Iglesia de los laicos, no es lo mismo exactamente que “secularizarnos” más. Sino de recuperar nuestro carácter de Signo, Profecía y Paradigma para el hombre, y más aún para el cristiano, de hoy. Entre la rotura o alejamiento del mundo y la mundanización está el “Ser para el mundo y en función del mundo”, en el que estamos apremiados a instaurar el Reino de Dios, siguiendo a Jesucristo.

c) Escucha y discernimiento comunitarios.- El desafío desborda la buena voluntad, coherencia y calidad de vida de cada persona en particular. Es empresa común, a nivel de comunidad local, provincial y de la Orden. Hemos de darnos tiempo para revisar juntos, y en clima de oración:

= La calidad humana y cristiana de nuestro vivir comunitario hacia adentro.

= La calidad de nuestra proyección hacia afuera, en nuestra mentalidad, actitudes y acciones.

= La transparencia de nuestra Fe, y por lo mismo de nuestra esperanza y nuestro amor, que nos definen.

= La relación con los laicos, y la coparticipación que permitimos, no sólo en lo que hacemos, sino en lo que somos.

= El cuadro de valores que habitualmente manejamos.

En el pasado mes de septiembre, durante mi estadía en el Congreso Nacional de Educación, organizado por la Provincia colombiana, un miembro de un equipo de gerontólogos, que desarrollan un proyecto de humanización de la vida de los ancianos, abriéndoles más espacios de libertad, creatividad y autorrealización, dejó caer esta frase: <“Donde más problemas estamos encontrando es en los asilos de ancianos, regentados por religiosos y religiosas”!>. Se refería a que en éstos privan las normas inflexibles, la cuadrilación de la vida del anciano, su tratamiento como a niños irresponsables, las restricciones de todo tipo, la ausencia de espacios para la autorrealización, etc. ¡Y la gente de la calle concluye que proyectamos lo que somos!